

SELECTA

Año III
Número 4

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Julio de 1911

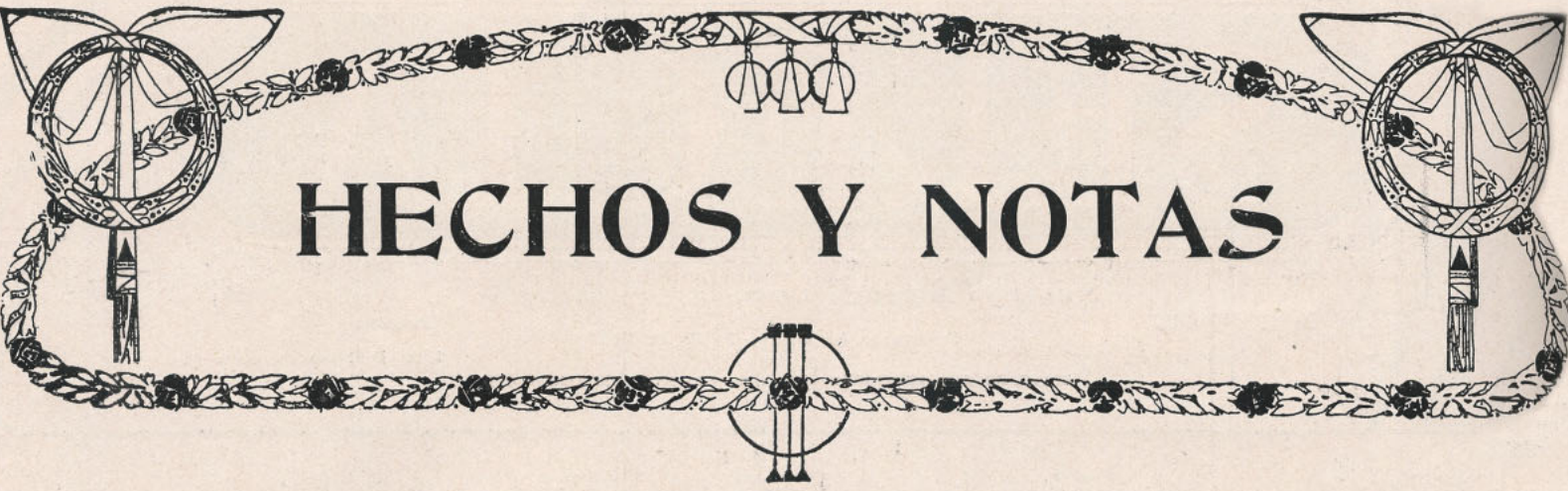
EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



EL PRINCIPE GUILLERMO DE PRUSIA

ESCULTURA DE VON H. J. VAGELS



HECHOS Y NOTAS



El mes de Julio es el mes de los grandes acontecimientos históricos, de la toma de la Bastilla y de la independencia de los Estados Unidos de Norte América, hechos que sirven como de piedras miliarias que marcan de manera fija el desarrollo de la humanidad entera, como eslabones de una inquebrantable cadena de acontecimientos enlazado con nuestra propia vida, pues sin ellos nunca se hubiera realizado la independencia de la América del Sur.

Eran las de Nueva Inglaterra unas pobres colonias en las cuales había sido excepcionalmente difícil la lucha por la civilización, en medio de las innumerables dificultades á que había dado margen el clima de carácter mortífero y la falta de recursos. Los Puritanos habían cruzado los mares en busca de refugio para su libertad religiosa amenazada, no en busca de riquezas como los aventureros de otras partes del continente. Amaban la libertad por encima de todas las cosas de la vida y por ella abandonaban la tierra que les vio nacer, la patria de sus padres y la cuna de sus hijos. Cierta día se suscitó la cuestión de los impuestos que se pretendía imponerles desde las lejanas tierras de la Gran Bretaña. Se levantaron entonces, arrojaron al mar los cajones de mercaderías antes que pagar el tributo que lesionaba sus derechos de hombres libres.

La independencia de los Estados Unidos fué el primer paso de la independencia de la América toda; de allí nacieron las agitaciones fecundas de nuestra propia historia, allí germinaron los propósitos que, convertidos más tardes en hechos, trajeron como resultado el desarrollo y el progreso de tantas pequeñas Repúblicas destinadas á pesar en la vida del mundo.

En Chile existe una corriente de cordialidad afectuosa que nos acerca á la Gran República del Norte, á pesar de las pasajeras nubes creadas por el asunto Alsop y otras cuestiones ingratas en las cuales no hemos encontrado siempre el espíritu de justicia que hubiera sido lícito esperar de los fuertes siempre que miran alto y lejos.

Ahora publicamos el retrato del Presidente, Mr. Taft, galantemente enviado á la distinguida viuda de nuestro Ministro en Washington, con palabras que revelan el afecto y las vivas simpatías que don Aníbal Cruz Díaz había sabido conquistarse en los más importantes círculos sociales de la gran capital americana. Era este diplomático uno de esos espíritus nobles de temple, franco, espontáneo, de inteligencia viva, que saben atraerse las voluntades de todos y que prestan servicios incalculables en ciertos momentos difíciles. Su muer-

te fué una pérdida considerable para nuestra diplomacia que cifraba en él grandes esperanzas. El Presidente americano envió sus restos á Chile en un buque de guerra, dando con eso un paso para conquistarse nuestra simpatía con actos de noble cordialidad.

La figura de Mr. Taft es una de las más características de la política norte-americana. Nadie, al contemplar su aspecto apacible y bonachón, supondría que se encuentra en presencia de un antiguo magistrado, de un hombre acostumbrado á la esfera acerada de la ley y de la justicia; tampoco nadie supondría que es uno de los hombres más aficionados al sport de toda la tierra americana. Es un gigante de un metro ochenta de altura y de un peso colosal.

Es interesante seguirle en los detalles de su existencia diaria, en su vida íntima. El magistrado, el más alto funcionario público de la Unión, se levanta generalmente muy temprano, después de ocho horas de sueño, y se dirige, con traje de franela, al departamento especialmente preparado para sala de gimnástica, en donde lo espera el doctor Barker, su antiguo discípulo y médico, además de la familia. Es un antiguo campeón de box y de lucha de la Universidad de Yale. Ambos se ponen los guantes y después de un rápido examen se arrojan el uno contra el otro con fiero empuje. Pero el doctor que es de estatura mediana, tiene gran dificultad en evitar los golpes del luchador presidencial. Los que se prodigan uno á otro nada tienen de reconfortantes, pues no se guardan miramiento alguno. Después de veinte minutos de ejercicio feroz, el Presidente pide suspensión de hostilidades y en pos de un ligero descanso, continúan con el ejercicio de la lucha romana. Con esto, Mr. Taft, persigue el propósito de no engordar demasiado. Ahora pasa al desayuno, que es generalmente frugal, pues el médico interviene señalando cuáles han de ser los platos favorecidos por el Jefe del Estado, ni más ni menos que Sancho Panza en la Insula Barataria.

Después del almuerzo, que es frugal, el Presidente se dirige á la Casa Blanca, en la cual da sus audiencias. Ejercita entonces Mr. Taft un arte en el cual es verdadero maestro, el de despedir á la gente sin que se dé por sentida. Cierta industrial francés que refería una audiencia, expresa que oyó, de repente, á lo lejos, que alguien silbaba el refrán de una canción popular. No dejó de extrañarle la audacia de un acto semejante en palacio. Cuál no sería su asombro al descubrir que era nada menos que Mr. Taft en persona quien lo hacía.

Luego comienza la fila interminable de peticionarios que se presentan. “¡Cómo!, dice el Presidente á uno de ellos, es

posible que un joven como usted que parece un verdadero Hércules, por lo fuerte, pretenda un empleo en el Ministerio de Justicia..."

A otro que prentede ser guardián de faros, le interroga: "¿Sabe usted estenografía? Es algo muy fácil de aprender y un joven inteligente como usted parece, podría ganarse fácilmente la vida en ella". El solicitante no acierta á comprender la relación que existe entre la estenografía y el arte de guardar faros.

El Presidente tiene que recibir numerosísimas conmociones. En cierta ocasión hubo de saludar á dos mil mujeres que se presentaban con un mensaje de congratulación; á las mil seiscientas ya no pudo más y se retiró pretextando un grave asunto de Estado. En la elección siguiente todas ellas votaron en contra del gobierno, haciendo una campaña política feroz en contra de la obra presidencial.

Después del "luncheon", Mr. Taft da un paseo de una hora por los jardines de palacio, recibe á los diplomáticos en sus días ó juega una partida de lawn tennis ó de polo al cual es muy aficionado. Esa es una característica de la raza sajona: el amor á los sports de todo género. Entre nosotros en Chile, se cree que el sport es cosa privativa y propia de los jóvenes, mientras en el norte, entre sajones, los hombres de edad madura y de posición respectable no derogan á su dignidad al tomar parte en todo género de juegos atléticos.

Entre nosotros, la gravedad es condición indispensable en el hombre público, y de ella forma parte cierta especie de estiramiento acartonado, en el cual se excluyen todas las diversiones y todas las alegrías, hasta las más sanas y sencillas. La sorpresa de nuestros hombres graves llegaría al colmo si supieran que el Presidente Taft valsa en las reuniones

semanales que suele dar su señora. Y hasta se le ha visto bailar en público. Durante unas de las reuniones del invierno último en un baile dado en honor de los soldados inválidos de la guerra separatista, la bellísima Mrs. Horne, se acercó al Presidente y cogiéndose de su brazo le pidió un vals. A los pocos instantes la vieron valsando con Mr. Taft de una manera vertiginosa. Al día siguiente los diarios la reportaban. Ella declaraba que nunca había valsado con un bailarín más ágil.

Nosotros debemos aprender de los americanos esa encantadora alegría de la vida que es precisamente una de las cosas que más falta nos hacen, pues ni siquiera nos atrevemos á divertirnos por temor á perder algo de una dignidad fantástica y postiza. Precisamente las condiciones de sencillez y de naturalidad de los hombres de Estado en otros países favorecen la prolongación de la vida en los hombres y la ponderación de facultades en su misma acción política. De aquí deriva la excesiva tendencia al idealismo que constituye una de las características de la política chilena, tachada, con razón, de poco práctica en la mayoría de los casos. Entre nosotros no se dará el caso de un jefe de gabinete que se lance al torbellino de las parejas, en los compases arrebatadores de un vals. No es que les falte ganas, por cierto, sino que les arredra el miedo al qué dirán, el temor de ponerse en ridículo, de romper los moldes consagrados por trescientos años de colonia.

La fiesta de los Estados Unidos de Norte América es una fiesta de todos los países del Continente. Pero, no deben olvidar que semejante cordialidad se cimenta sobre bases de justicia y de respeto recíproco, sobre sacrificios y consideraciones.

LUIS ORREGO L.



Las Obras Maestras de la Pintura de 1400 á 1800

(Continuación)



SANTA MARIA MAGDALENA

EL PERUGINO

Pietro Vanucci, llamado el Perugino (1446-1523), fué un artista de gran mérito por su originalidad y personalidad. Parece que los santos hubieran sido sorprendidos du-



LA VIRGEN CON EL NIÑO Y VARIOS SANTOS

rante sus meditaciones y la dulzura y gracia de ellos recuerdan las de la mujer, y este sentimiento está aún reforzado por la delicadeza y finura del colorido como por la elegancia de sus líneas.

Al noreste de Italia florecían otras dos escuelas la de Padua y la de Venecia.

La primera cuenta con *Andrés Mantegna* como uno de sus grandes maestros. Una de sus mejores obras es un pequeño tríptico del año 1464, más ó menos, y que representa la Adoración de los Magos, la parte central, y á un lado la Resurrección y al otro la Circuncisión.

Las primeras obras de mérito de la escuela Veneciana son de mediados del siglo XV y no fueron creadas en Venecia misma, sino que en Murano, isla vecina á la ciudad de los Dux y que aún dió su nombre á los dos maestros más antiguos de la escuela: *Juan y Antonio Vivarini*, llamados de Murano. Trabajaron juntos de 1440 á 1451; después de la fecha, Juan, llamado tam-



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS

MANTEGNA



EL GONDOTTIERE

ANTONELLO DE MESSINO



LA VIRGEN CON EL NIÑO, SANTA CATALINA Y LA MAGDALENA

G. BELLINI

bién Juan el Alemán, desapareció y en 1451 Antonio se unió á Bartolomeo, su otro hermano, para trabajar. Este último pintó sólo de 1459-1490.

Las pinturas de estos fundadores de la escuela veneciana consistían en cuadros de altares, y sus características son la severidad de los personajes y la profusión de accesorios decorativos. La influencia de la escuela primitiva de Padua es muy visible en los Vivarini.

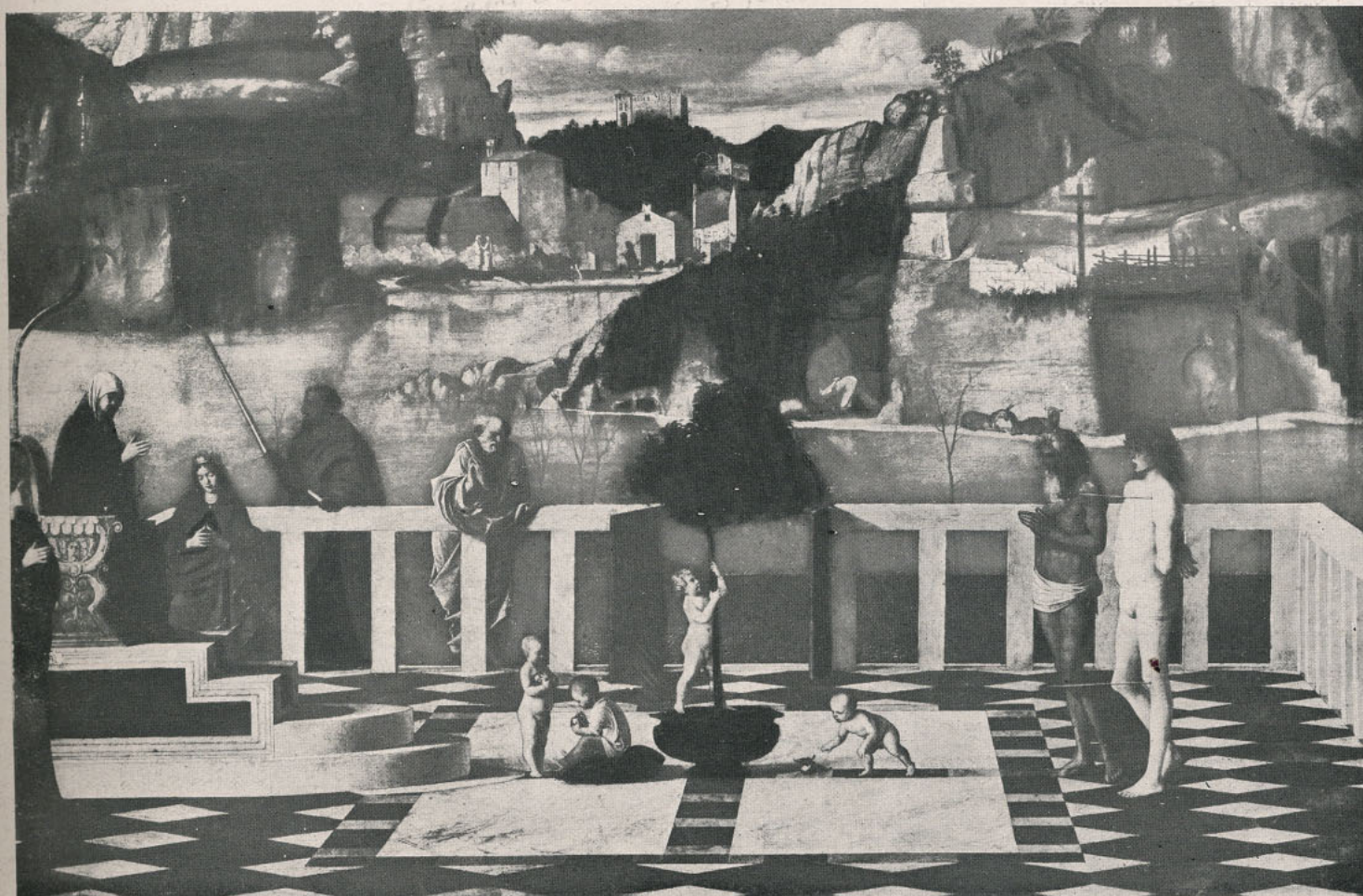
Gentile Bellini. (1429-1507). Las composiciones de este maestro se distinguen por el profundo respeto de la naturaleza y por una riqueza en el colorido que lo coloca como el

más antiguo realista italiano. Mahomet II lo hizo ir á Constantinopla para que ejecutara varias obras.

Giovanni Bellini. (1428-1516).

Antonello de Messine. Fué á Flandes á mediados del siglo XV donde aprendió á pintar al óleo, con un discípulo de Van Eyck. De vuelta á Italia vivió en Messina y Venecia, murió en 1479. Sus pinturas son de una observación profunda de la vida y en sus retratos, que fueron su predilección, se esfuerza en asemejarse á la realidad lo más posible.

(Continuará)



UNA ALEGORIA RELIGIOSA

J. BELLINI

LULU Y PUCK



E. Diez de Medina

De pie, junto al dorado catrecito de fierro, zapatea y llora! Lulú que era toda alegría, toda felicidad, toda amor!

¿Por qué llora Lulú? Nadie acierta á precisarlo. Gimotea amargamente, y el pañuelo de algodón que lleva sin cesar á sus ojos anegados en llanto, enjuga una tras otra las inocentes lágrimas que se desprenden de sus bellas pupilas. Y es que Lulú sufre.

Ella, la linda muñequita, engreída de los claveles y los jazmines, la diminuta rival de la estrella que en las estivales noches atisba sus gracias por las rendijas de la ventana, también encontró su parte de pesar y de tristeza. Sí, Lulú sufre ya... ¡á los cinco años!

El polichinela Puck á quien ella veía todas las tardes á través

de los cristales, en la vidriera del almacén situado frente á su casa, ya no estaba allí.

—¿Por qué se había ido? Lulú no acertaba á comprenderlo.

Conoció á Puck en una hermosa y fresca mañana de Primavera, en momentos en que un señor de aspecto serio y de largos bigotes, colocólo torpemente en un sitio alto de la vidriera.

Desde ese instante Puck, sentado en una burda silla de madera, parecía mirar insistentemente á la ventana de la graciosa rubicita, y aún cuando él no hablaba, sus ojitos vivos y penetrantes, su nariz de águila y su boquita de guinda, llegaron á impresionar hondamente á la pequeña Lulú.

Una tarde, sesenta días después de conocerse Lulú y Puck,—y cuando, como de costumbre, ambos contemplábanse amorosamente desde sus posiciones respectivas, una rapazuela que pasaba por la calle queriendo admirar también la gentileza de Puck y sus atrayentes ojitos vivos, acercóse á la vidriera y por verlo bien de cerca, desplazó con la cabeza uno de los grandes cristales que cayó estrepitosamente derribando á Puck de su silla.

La rapazuela delincuente huyó, pero un agudo grito de Lulú—que sentada en un banquillo presenciaba la terrible catástrofe desde su ventana, alarmó naturalmente á la mamá que corrió en auxilio de la pequeñuela.

—¿Qué te sucede, mi buena bebé?

—¡Puck ha muerto, mamá!— ¡Mi Puck, mi querido Puck! Un vidrio que cayó de allá arriba, lo aplastó. ¡Quiero ir á verlo! ¡Pobre Puck!...

Y sus manecitas señalaban el sitio de donde el señor del aspecto grave y de los largos bigotes, no sin dirigir antes una significativa mirada á Lulú, sacaba á Puck empolvado y con un brazo roto.

Aquella noche Lulú no durmió.

La silueta del desgraciado polichinela, dibujábase á cada instante en su imaginación, y cuando el sueño la rendía parecíale que Puck la llamaba en medio de lastimeros quejidos.

—Nó, no dormiré, se dijo ella; si Puck ha muerto ¡no podré dormir ya!

Y así pasó la noche: con los chispeantes ojos de Puck clavados en sus ojos, y con aquella boquita de guinda que besaba la suya en medio de ensueños y delirios.

Apenas los primeros rayos del sol se colaron por los quicios de las puertas, Lulú con sólo su blanco camisoncito de hilo, saltó del lecho y corrió á la consabida ventana.

Su sorpresa fué tan grande como inesperada. Ahí, al frente, de nuevo la esperaba Puck para darle sin duda los buenos días, siempre mirándola, siempre vivo y amoroso, siempre sonriente. No le faltaba el brazo roto; por el contrario, ahora lo tenía en mejor posición: enviándola un beso.

—Mamita, mamita, gritó Lulú, corriendo á despertarla: ¡Puck no ha muerto! ¡Puck está vivo! ¡Ven y verás cómo él me envía un beso!

Y dando saltos y brincos de infantil alegría, corrió á buscar su vestidito rosa y los zapatos nuevos que en Navidad le dejara el niño Jesús, para festejar la gloriosa resurrección de Puck.

Lulú y Puck continuaron queriéndose, sin que cruzase entre ellos una sola mirada de resentimiento ó de celos, como suele frecuentemente acontecer entre enamorados, sin que brotara de sus labios una frase siquiera de acusación ó de enojo. Y así transcurrieron varios meses.

Algunas pequeñuelas indiscretas que pasaban por la calle, los miraban envidiándoles, y no faltó una mala amiga que amenazara á Lulú con llevarse al polichinela después de comprarlo á vil precio, apartarlo para siempre de la vidriera, llevárselo lejos; muy lejos de allí. Pero Lulú no lo creyó ni por un instante.

Puck que era suyo, todo suyo y nadie podía tener el derecho de

poseerlo. ¿No habían sido todas las expresivas miradas del polichinela para ella, únicamente para ella, desde que se conocieron? Y luego, Puck no sería tan ingrato que la abandonase.

Pero una tarde, su amiguita Rosa entró en la tienda que habitaba el polichinela y en tanto que Lulú presintiendo lo que le anunciaban ya los nerviosos latidos de su corazón, encendida en celos, juraba no dirigir en adelante una sola palabra á su mala amiga, vió que ésta salía de la tienda llevándose á Puck.

Lulú rompió á llorar; desde su ventana le llamaba con angustiosos y enérgicos gritos, pero Puck parecía no oír... ¡y se alejaba! Y con él se iban también todas las esperanzas de la pequeñuela, sus ilusiones, su felicidad, su amor!

De ahí que Lulú de pie, junto al dorado catrecito de fierro, zapatea y llora. Ella, que era antes toda amor, toda alegría, toda felicidad!

Pero ya su ventura huyó para siempre. No se pondrá más su lindo vestido de rosa, ni los zapatitos de Navidad...

Resentida la deliciosa bebé, se desnuda rápidamente y apabullando su vestido lo arroja lejos de sí.

—“Puck me ha abandonado,—piensa—Puck quiere ya á Rosa; pero yo la mataré!”

Y arropándose nerviosamente entre las sábanas de su lecho, se acuesta ocultando su rubia cabecita entre las dos almohadas, mientras su amorosa madre, que llega, la cubre de besos y caricias.

Lulú y Puck simbolizan los caprichos de la afición y del sentimiento; representan la alegría, la felicidad, el amor, y en seguida, el desengaño, la amargura y el deseo de venganza.

Esa es la vida.

Lulú á los cinco años, feliz por una aberración del sentimiento y muy luego desengañada, es Lulú á los veinte, á los cuarenta. Esa es la humanidad.

El pobre, el rico, el viejo, el niño, no hay quien no haya tenido una ilusión, una esperanza, un polichinela que hizo fugaz intervalo en la monótona pesadez de la vida.

En ese intervalo, Lulú rió, soñó y gozó con su polichinela, queriendo condensar en un pedazo de madera, ingeniosamente tallada, la suprema felicidad.

Nosotros hacemos lo mismo; sólo que reemplazamos la madera artísticamente pulida, con la mujer divinamente disfrazada!

Y Lulú se engañó... cual nos engañamos nosotros.

Y Lulú juró vengarse... como muchos de nosotros.

Y luego, pasado el instante de dolor y de locura, se durmió acariciada por el beso de su madre... como nosotros por el postimer beso de la muerte!

E. DIEZ DE MEDINA



Una rapazuela que pasaba por la calle, queriendo admirar también la gentileza de Puck...



LILIEN

John S. Sargent



Monumento Bolognesi

A TRAVES DE LAS CIUDADES

(CONCLUSION)



Monumento 2 de Mayo

Sirve de acceso á una de las principales instituciones religiosas de la orden de San Francisco, á la que debe su nombre. A los lados de una ancha franja de pavimento primitivo erígenese doce grandes estatuas de mármol, representativas de los signos zodiacales. Bancos envejecidos alternan entre las estatuas y en el término de la avenida el surtidor gallardo de una fuente entona, él solo, un constante canto alegre, en la soledad del lugar. Cierran el paseo, á sus dos lados, sólidas rejas de fierro labrado, sobre la que parecen apoyarse, en actitudes de cansancio, proveyectos árboles. Anchas calles extiéndense á sus flancos y es allí sombrío y grato el paisaje.

La Alameda de Acho, la más antigua, se alarga á la orilla del Rimac, en considerable extensión. Nada de notable descúbrese en ella. Situada entre barrios bajos, parece enferma de su mal, de pobreza, de consunción. Y sólo despierta la tristeza que se desprende del cansancio de unos sauces enclavados melancólicamente en toda su extensión.

Hácese notar algunas otras alamedas, en su mayor parte incipientes, pero que tienen la importancia de estar destinadas á constituir una sola de circunvalación y que se extienden donde en tiempos ya lejanos se levantaban las murallas que algún Virrey hizo construir para defensa de la ciudad.

MONUMENTOS

Monumentalmente, Lima es una ciudad rica en mármoles, por su valor escultórico, si bien no numerosos. Entre todos ellos impónese al viajero, haciéndole meditar profundamente, con el prestigio de los grandes ejemplos de los fastos gloriosos, del valor y la fuerza sin medida, el monumento levantado á un hombre, magnífico en la historia, que trasmontó con sus huestes las más altas cumbres y holló los más lejanos valles extranjeros, sembrando Repúblicas. Es el monumento de Bolívar, Libertador del Perú, copia de otro existente en Caracas.

Sobre la firme base de un amplio pedestal de mármol blanco, en cuyos lados principales dibújense dos magníficos bajo relieves representando, uno la batalla de Junín y el otro la de Ayacucho que puso fin á la dominación española en América; sobre la firme base, caballero en estupendo corcel, afirmado únicamente sobre los cascos traseros, el



Casa de Correos y Telégrafos



Estatuas y Paseo Colón

ojo contempla la figura sombría y profunda, nimbada de la gloria, del Libertador. Los estetas han señalado la estatua por su gran belleza, el poder de sus trazos, y la verdad histórica, como una de entre las mejores ecuestres que existen.

Vésela en la Plaza de la Inquisición. No sé por qué pienso que no debiera estar allí. El genio del grande hombre—héroe y mártir—que cayó agobiado por formidable peso de gloria, no exigía el bronce glorificador que es liviano á su fama. Verdad que él había sembrado la República peruana, pero quizás no soñó en las angustias de sus días postreros, que en la tierra por él libertada, más tarde, la versatilidad de los hombres, pretendería echar vaho de olvido sobre el limpio cristal de su memoria. Y es por eso tal vez, que en sutil ironía, vueltas tiene las espaldas, hacia el Senado.

Grandioso es el monumento del *Dos de Mayo* que conmemora el combate sostenido por las fuerzas aliadas del Perú, Chile, Ecuador y Bolivia, contra la escuadra española, en el Callao, en la fecha de su nombre y en el año 1866. El monumento lo constituye una hermosísima columna de 21 metros de altura, toda de mármol blanco de Carrara, que corona una gallarda estatua de la Victoria en bronce viejo, las alas desplegadas, en una mano una espada y una palma en la otra. Emerge la columna de una circunferencia de 23 metros que afecta la forma de una fortificación. Sobre tal base se levanta otra, asimismo circular, de más de 10 metros, que forma el pedestal de la gran columna exornada con bajo relieves en bronce, de gran factura, representativos de las acciones más notables del combate y enmarcando entre ellos cuatro colosales estatuas, de suma belleza y notable simbolismo, representando á Chile, Perú, Ecuador y Bolivia. En actitud serena y altiva, vése al pie de la estatua del Perú otra representando á José Gálvez, Ministro de la Guerra de la época, muerto gloriosamente en el memorable combate.

El monumento hállase situado en el centro de una plaza circular, entre un barrio modernísimo, y á la cual convergen los ferrocarriles del Callao y alguna otra principal avenida, y es el primero que se impone á la observación del turista.

El Monumento de Bolognesi, está situado en la Plaza de su nombre, á la que convergen varias avenidas y descansa sobre una base de granito, de



Alameda de los Descalzos

la cual arranca un segmento de esfera, sosteniendo cuatro gradas, que hacen un elegante y sólido pedestal. Sosteniéndose en él, emerge un espléndido blok de granito, que corona un elegante capitel de estilo moderno. Adornan la base grupos de guerreros en fieras actitudes y soberbias alegorías que acusan un poder extraordinario de concepción por el movimiento de las figuras, gallardía de las líneas y argumento de los episodios. A la máxima altura del blok granítico, de entre el capitel, surge la estatua del coronel Bolognesi. El guerrero hállase en el momento en que herido mortalmente, va á caer: su mano izquierda oprime sobre el corazón la bandera defendida valerosamente.

El *Monumento de San Martín* consagrado á la glorificación del héroe general, lo forma una columna de mármol, erguida sobre base de granito y que corona la estatua del grande hombre en una actitud evocativa de uno de los momentos de su vida. Coronando la columna se alza una mujer alada representando á la Gloria. La obra es de escasísimo mérito artístico. Sin magnificencia, pobre en la ejecución, se diría la obra de un novel. Comprendiéndolo así el Gobierno peruano tiene en ejecución un nuevo monumento, de grandes proporciones y notable concepción, digno del prócer.

El *Monumento de Colón*, está situado en la parte central de la Avenida de su nombre y representa al descubridor americano. La obra es de bastante mérito. El descubridor hállase de pie, teniendo á sus pies la figura rozagante de una india á la que parece amparar con su brazo derecho. Igual, he visto alguna otra, en algún puerto centro-americano.

Cuenta Lima con una Universidad ampliamente dotada é instalada en un magnífico edificio; institución la más antigua de su clase en América y renombrada por el prestigio alcanzado por la bondad de su enseñanza, sujeto á organización y métodos modernos. Son muchos los establecimientos de educación que en la capital peruana ofrecen al viajero ocasión á detenidas observaciones y justo elogio, sea por su organización, como por su instalación en edificios modernos, que harían honor á la más adelantada capital. Inclúyense entre ellos los pertenecientes á la instrucción militar.

Entre establecimientos públicos precisaría citar la Penitenciaría, macizo y colosal edificio, entre los más importantes de su género en América, verdadera fortaleza en su estructura y organismo perfecto en su constitución interior. El *Hospital Dos de Mayo* y algunos otros de verdadera importancia. Considerada en este plano la próspera ciudad de los Reyes, está dotada, con algunas excepciones, de cuantos establecimientos é instituciones han impuesto las necesidades de la vida moderna.

LA NECROPOLIS

He aquí una de mis más memorables impresiones de mi errancia por la ciudad del Rimac. Una triste tarde de invierno fuíme allá, por irme á alguna parte. Huyendo de la fatiga de la ciudad animada, anduve hacia la otra, inerte, de los muertos. Iba por primera vez. Hacía mucha tristeza. El cielo obscuro, ceniciento, el grave cielo de los inviernos limeños, angustiaba mis nervios con su hosquedad y hacía sutil mi espíritu.

Anduve. Dejé el centro de la ciudad, seguí por una muy larga calle, gané un silencioso camello sembrado de árboles y me hallé tras de breve jornada, frente al Cementerio.

Creo que es la nota más singular de la ciudad peruana. No sé de ningún composante, que como el de esa ciudad, sepa ser tan cordial á quien lo visita. Provoca á sentarse á descansar, encender un cigarrillo y entregarse á soñar, á soñar en cosas buenas y alegres. Sí, alegres. No hace allí tristeza. A no ser por la silueta de pesadumbre de los árboles funerarios que se enfilan en algunos de sus ángulos, diríase que es un lugar plácido.

Anduve. Iba solo y ni siquiera tuve miedo de mí mismo, como otras tantas veces en otros distintos lugares, una fiesta, una calle, cerca de una mujer... Ví pasar á un enterrador y me extrañó. Creo que le pregunté qué hacía allí. Yo buscaba á la Muerte ó la sombra de la Muerte y sus ojos vivos que lo dicen todo. No la hallé. Entonces me dí á sugestionarme para hacer reflexiones. Siempre he creído que es mejor morir, ó mejor, no vivir, pero

á pesar de este pensamiento constante—aroma gris que lo satura todo—en ese lugar estaba mi espíritu liviano y mi carne sin repugnancia. Os traduzco mi impresión. Puede que otros, sin deudos allí, se hayan anegado en llanto. Yo estaba casi alegre, que es el más alto estado de alma á que alcanzo. Casi alegre. Os traduzco mi impresión.

Más que un cementerio diríase una ciudad blanca, muy blanca, en la que sus habitantes se hubiesen quedado inmóviles, pensativos, no muertos. Esos epitafios que lo ensombrecen todo y el abatimiento de los sauces y de los cipreses y nada más. Mármoles blancos por todas partes, innumerables. Mármoles castigados por cinceles artistas. No hay siquiera esa profusión de ángeles ambiguos, con caras de niñas de provincia (lozanías de manzana) y alas de garzones; de esos ángeles de mármol que tanto gustan á las familias burguesas colocar sobre las cenizas de sus antepasados como signo de segura salvación. Recuerdo haberme detenido, gozoso, ante un sarcófago sobre cuya lápida, un sencillo mármol con un nombre de mujer y esta frase: muerta á los veinte años; sobre cuya lápida la fina escultura de un adolescente hacia guiño con los ojos y en la mano tenía algo que era como una vara florecida. Cupido? Tal vez. Qué bien estaba, con cuánta verdad habíase colocado allí al travieso chichuelo! Habría, acaso muerto de amor la pobre muchacha? Hallé una tumba cubierta por una gran plancha de mármol sobre la que, un hombre desnudo, nervudo, atlético, estaba tendido de flanco, apoyada la cabeza en la mano izquierda y con la derecha oprimiendo crispadamente una cabeza de león. Vencedor del Destino?... No os parece que esto no sugiere nada de muerte?

Es un Cementerio extraño, á primera vista común. Hasta la forma y construcción de las bóvedas—columbarium romano.—Casi todas subterráneas, con una pequeña puerta para la familia y al nivel de la tierra, el edificio de mármol, sin grandes inscripciones. Y hallaréis por todas partes, flores joviales, de vivos matices, no aquellas que se ponen á los muertos. He creído, aún después de depuradas mis impresiones, que la Necrópolis limeña, su ambiente, su sello, guarda afinidad con el espíritu de la ciudad, espíritu alegre, jovial, retozón, que ha restado tristeza á la vida hasta allí donde triunfa la Muerte.

EN SUS ALREDEDORES

Tendida á la mitad de un valle extenso, el valle del Rimac, la ciudad de los Reyes, tiene echadas hacia el porvenir las proyecciones de un gran desarrollo. Pocas ciudades como ésta, destinadas, á un desarrollo considerable que hará de ella centro principalísimo de civilización y progreso, que hoy alcanzan un alto grado.

Pero no es sólo la villa fundada por Pizarro la que se impone á la atención del viajero. Situada en las proximidades del mar, enorgulleciese la capital peruana, de pequeñas poblaciones balnearias, distantes á no más de veinte kilómetros, verdaderos lugares de elegancia y hermosura: Miraflores, Barranco, Chorrillos, La Punta, las que pueden considerarse como barrios de la city. Miraflores, la más cercana, es una pintoresca aldea yacente en la apertura de una ensenada; un poblado tranquilo, poblado en gran parte por los residentes sajones y que goza de un clima de considerable valor higiénico. Supérarle en importancia urbana Chorrillos y Barranco, situados en una misma línea, el primero á mayor distancia. Pequeñas ciudades levantadas á las orillas del mar constituyen la atracción del turista en los cálidos días del verano. Es entonces cuando todo lo que hay de más elegante y distinguido en la ciudad capital, emigra, en éxodo bullicioso, hacia el mar. Chorrillos tiene derecho á una nominación preferente entre los balnearios elegantes de Sud-América. Constituido en su mayor parte de residencias modernas, construídas conforme á las últimas exigencias, diríase una ciudad señorial. Vénse por doquiera palacetes de estructura atrayente enfilando calles silenciosas que trajina las buenas gentes acaudaladas. Respírase en ella



Cementerio General

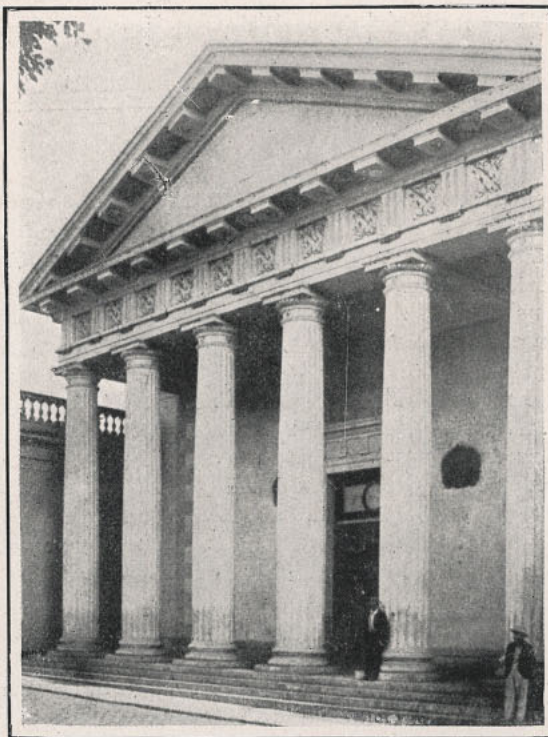
comodidad, holganza, reposo de burguesía. Al pie de los barrancos que le sirven de base en su linde con el mar, extiéndense los establecimientos de baños ofreciendo las comodidades necesarias á toda clase de bañistas. Un malecón elegantísimo, que franquean una extensa fila de residencias modernas, sirve de delicioso paseo. Menos moderno que Chorrillos, el Barranco, tiene para mí el encanto de esas ciudades en que se mezcla el esplendor de la riqueza con el tono apacible y la tranquilidad de remanso de las clases acomodadas. Ambos balnearios disfrutan de buena organización municipal y completos servicios urbanos. Únelas á Lima una doble vía de ferrocarril á tracción eléctrica, en constante y esmerado servicio. La población de cada una de ellas no excede de tres mil habitantes.

A mayor distancia de los anteriores están situados Ancón, y Chosica, lugares igualmente de veraneo pero que no alcanzan la importancia de los otros. En general los alrededores de Lima son desagradables. La llanura tiéndese en desmayo, manchada sólo á trechos de vegetación pobre. Unos cuantos plantíos y á lo lejos, la llanura inquieta del mar ó el lomo desnudo de las cordilleras.

✱

¿Y la vida?...

Grata, amable! Precisa en esta ciudad hacerse una coraza de indiferencia y no olvidar la buena risa. Es una ciudad que sabe reír. Algunos viajeros la han encontrado triste; tal vez la vieron sin sutileza. No hallaréis profundo pensar, ni un laborar intenso y afanoso, más si buscáis en su espíritu, os hallaréis gratamente sorprendidos.



El Senado

Sentiréis el discurrir de las horas en amable consorcio con la alegría.

Lo que hay en ello de monacal, espíritu en lucha pero ya vencido, se esforzará por haceros la vida pesadumbrosa. Penetrad, sin embargo, en las horas de intimidad á sus hogares. Os acogerá la más exquisita cordialidad, hallaréis una sociedad muy culta, aunque huraña. Sentiréis pesar de la proximidad de la hora en que la etiqueta os impone marcharos, porque es allí delicioso el espíritu y amena la fuga de las horas.

¿Y sus mujeres?

Para mí hay limeñas y no peruanas. Yo evocaré el espíritu del siglo más elegante y encerraré en una frase los más sutiles perfumes y los más raros ritmos, para deciros mi impresión y haceros su elogio. Son mujeres. La Naturaleza ha hecho allí maravillosos brotes. Luz, fragancia, ritmo. Una fina gracia andaluza, la más alta nota de elegancia, ligereza y vivos matices en la *causerie* y el encanto de esas flores de invernadero, tan tenues, tan frágiles, tan turbadoras, aúnanse en la limeña, que sabe distinguirse en todas partes y ser mujer sin las complicaciones de la cultura intelectual intensa ni las aberraciones de virtudes baratas ejercidas profesionalmente. Poetas de todas latitudes han cantado su belleza y sus grandes ojos de violeta, conocen los más raros homenajes. Viviendo entre ellas olvidase la angustia cotidiana y siéntese la alegría

de poder realizar la más humana de las fórmulas del amor: la pasión breve, ligera, fatua...

—¿Y los hombres?

Los hombres...

J. M. P.



NAPOLEON ANTE EL TRONO DE CARLO MAGNO

CUADRO DE H. MOTTE

La juventud de Galdós



El libro nuevo, el llegado por el último barco á los escaparates de las librerías, es el "Amadeo I", de Pérez Galdós. Flamante, con su cubierta roja y gualda, despierta la atención del curioso rebuscador de novedades literarias, destacándose de los otros cien volúmenes ahí expuestos. Y no precisamente al nuevo "episodio" del insigne novelista quiero dedicar hoy esta crónica. La crítica es-

pañola le ha sido favorable y adversa. Quienes declaran el "Amadeo I" obra pujante, quiénes de endeble la tildan. No importa. Lo cierto es que Galdós ha producido un nuevo libro, y este simple hecho de producir un libro, tras de haber escrito tantos; de forjar un eslabón más de la cadena de oro que enlaza dos épocas de la literatura novelesca, bástame para consignar una impresión: la de la eterna juventud del maestro.

¡Oh, la juventud de Galdós!

Ha desaparecido ya la generación romántica, en las postrimerías de la cual surgió en el campo de las letras el autor de "El audaz"; y va desapareciendo lentamente, como en un doloroso, como en un irremediable crepúsculo, la generación de ayer: Alarcón, Valera, Pereda, Leopoldo Alas... Sólo quedan tres, los más ilustres, triunfadores en la vejez, como lo fueron en la juventud; y de esos tres, el que por la labor infatigable, por el afán de producir, por la fecundidad asombrosa se distingue, es el creador de las "Novelas contemporáneas".

Desde hace treinta años don Benito viene dando que hacer y que decir á los lectores y á la crítica. Durante treinta años su actividad prolífica, inacabable, desconocedora del cansancio, viene produciendo sus frutos en el libro que regularmente aparece, cada ocho ó diez meses, para solaz plácido del que gusta de descubrir en las páginas frescas, recién salidas del palacio de la fantasía, la profunda emoción, la idea nueva, el pensamiento emulador.

¡Qué digo treinta años! Cuarenta de espléndida labor cuenta por lo menos Galdós. ¡Y en casi medio siglo, cuando las nuevas corrientes literarias lo arrastran todo; cuando procedimientos e ideas han transformado por completo el ambiente, abriendo á nuestros ojos ignorados horizontes, regiones antes desconocidas de especulación artística; cuando del pasado nada queda vivo y palpitante, y viejos ídolos y viejas adoraciones yacen ahora en el polvo del camino hollado por la humanidad, el gran novelista se mantiene en pie, y lejos de inclinar la cabeza gris, doblegándose al peso de los años, se yergue altivo, y en sus miradas escrutadoras y serenas, y en sus labios empalidecidos ya por el tiempo, luce una sonrisa de juventud, como si en el espíritu que recientemente dió vida á Prim y á Casandra, luciera todavía la dulce ternura que engendró á Marianela, ó la potencia indomable que hizo saltar de las páginas de ardiente combate las figuras de Gloria y de León Roch!



¡Admirable ejemplo el de los viejos que saben ser siempre jóvenes, que viven la vida intensa de su tiempo, que evolucionan y no se fosilizan, ni se petrifican ni se encastillan en un ideal inanimado, muerto!

En literatura abundan los casos de escritores que murieron muchos años antes de haber realmente sucumbido. Jorge Sand feneció con el romanticismo, algunas décadas antes de lanzar el último suspiro en su castillo de Nohant. Al agonizar Lamartine, pocos se acordaban de las "Meditaciones". Ahora mismo, y en la propia España, don José Echegaray es un espectro que ostenta la corona marchita de un teatro desaparecido ayer, y en el que fué antaño triunfador.

La victoria siempre renovada, los laureles y los mirtos, viejos símbolos de recompensa á la grandeza, sólo los alcanzan los que viven en comunión con el ideal presente, los que conservan el alma siempre abierta á nuevas primaveras, los eternamente jóvenes, los eternamente clarividentes y generosos que no se sepultan, movidos por personal egoísmo entre los escombros de las edades pretéritas, sino que, de cara al porvenir, avanzan noble y resueltamente.

Y de esos es Galdós.

Su obra, que por lo extensa sólo admite comparación con la realizada por Balzac en la "Comedia humana", bien podría considerarse como una *historia vivida* de las orientaciones de la literatura novelesca española en la segunda mitad del siglo XIX. Nada más vario ni más rico de intención. Ahí Galdós ha ido de la novela puramente narrativa ó de tesis, á la de observación psicológica y hasta el símbolo. Analizando el conjunto de la obra desde sus albores, dijérase que se ha ampliado gradualmente, bella y luminosa. ¡Qué diferencia, en efecto, entre sus libros de la primera época, "Gloria" y "Doña Perfecta"—que escandalizaron á la crítica ultramontana,—libros en que, confiado todo á la tesis, contemplábamos una humanidad hecha á gusto del autor, y esos cuadros admirables de la vida moderna que se llaman "El amigo Manso" y "Tristana"!

Pero lo desusado, lo que sorprende por extremo, es que Galdós, aún variando con frecuencia de rumbo en la medida que las circunstancias lo reclamaban, no perdió por ello su personalidad ni hubo jamás de deformarla. Al Galdós de la primera época le reconocemos en la segunda, y vice-versa.

Semejante fenómeno se explica, sin embargo, atendiendo á que la evolución del insigne escritor no se detenía en la superficie, en la cual apenas reparaba, sino que se dirigía al fondo exclusivamente. En "Gloria" y "El amigo Manso" advertimos un cambio más bien en el modo de ver que en el de expresar. Los mismos son el estilo y la acuidad del pensamiento. El procedimiento es el único que se transforma; el idealismo se convierte en realismo; las almas no se estudian y aisladamente, como meras abstracciones: considéraselas á la manera de componentes de un todo social. El autor procede en el arte de novelar "no ya de dentro para fuera, sino de fuera para dentro", según ingeniosamente afirma la condesa de Pardo Bazán.

De ahí los grandes frescos de "Fortunata" y "Jacinta"; aquel pulular de muchedumbres que vemos en la obra del maestro; aquel ambiente de la vida madrileña, tan prolija, tan minuciosamente detallado en un ciclo de producción, á fin de dar relieve, vida poderosa, á los grandes caracteres de la familia galdosiana: al doctor Miquis, á Máximo Manso, á Fortunata...



El esfuerzo ha sido inmenso. Cuando pensamos en la magnitud de él y en su transcendencia; cuando pensamos que Pérez Galdós ha encerrado en esas montañas de cuartillas salidas de su pluma la vida española de un siglo, el recuerdo de Balzac torna á la mente, y, sin quererlo, como al genio francés, comparamos á Galdós con un obrero titánico; y, á la manera que la "Comedia humana" á Emilio Zola, la obra del novelista hispano se nos aparece semejante á una prodigiosa torre de Babel, en la que se hallan confundidos mármoles y argamasa, piedra y jaspe; y en la que, junto al detalle rudo, áspero, admiramos la encajillería de una arquitectura ideal...

Y en vano han transcurrido los años. En vano sobre la cabeza rígida, militar, del mozo autor de "La Fontana de oro", albea ya la nieve de las cumbres que se alcanzan: el obrero infatigable, el gran pensador artista aún no concluye su torre. Trabaja ahora en el remate, que, del mismo modo que el basamento simbolizó intrepidez y vigor, representará algo glorioso: juventud perenne...

CARLOS G. PEÑA



EL CABALLERO
CUADRO DE MESSONIER



*For Madame de Cruz from a friend and admirer
of her late husband whose death arouses the deepest sorrow
in all who knew him and profound sympathy for her whose*

loss is the greatest -

Dec 28 1910

Wm H Taft

EL CARACTER DE WASHINGTON

E

SPLENDIDA y muy interesante es la figura que presenta George Washington. No hay persona que habiendo estudiado la historia de la independencia de Estados Unidos, no haya sentido por aquel hombre extraordinario un atractivo especial. Sus cualidades intelectua-

les, sus dotes naturales, su gran valor y patriotismo, su amor al cumplimiento del deber, la integridad de su carácter, sus costumbres irreprochables, en una palabra, en este hombre, todo ha merecido que se le coloque en primera fila entre esa pléyade de héroes que han ilustrado á la humanidad.

Desde sus primeros años, George Washington manifestó una especie de pasión por la carrera de las armas y hacia ella sentía una entusiasmo particular. Fué iniciado en la milicia á la edad de 19 años, distinguiéndose por su valor en la toma del fuerte Duskenes, en el Canadá, donde peleó contra los veteranos franceses el año 1755. Cuando el grito de libertad se dejó sentir en las colonias inglesas contra la metrópoli, se inflamó en el más ardiente patriotismo y en su ardúa misión de generalísimo de los ejércitos de su patria, sacrificó al servicio de ella, su vida, riquezas, talentos, etc.

Sus talentos militares estuvieron á la altura de sus cualidades morales: poseía la táctica de los grandes generales. Nunca se lanzaba al campo de batalla sin haber reflexionado muy de antemano sobre su plan, por lo cual lo vemos á menudo, después de reñidos combates, recoger el laurel de la victoria y desorientar con sus hábiles maniobras, la persecución del enemigo; prueba de ello, cual otro Fabio Contemporizador, el paso del Delaware, el ataque de Trenton, Princeton, su presencia repentina en Filadelfia.

Era un Aníbal en la constancia y valor, pero Aníbal cristiano y sin odios, pues Washington estaba guiado por el más puro patriotismo, y si en todas las campañas lo vemos pelear con tan señalado ardor, no lo hacía por captarse la estimación de sus conciudadanos sino únicamente para obtener la tan deseada libertad de su patria.

Invencible tanto en la prosperidad como en la desgracia, era el hombre del deber, sin respetos humanos, sobre todo cuando se trataba de castigar los crímenes, era entonces cuando aquel hombre, tan sereno y tranquilo se armaba de una justa severidad; nunca perdonó medio alguno para la disciplina de su ejército, pero jamás ninguna injusticia ni crueldad pudo quitar en lo más mínimo el brillo de tan gloriosa carrera.

Aún en la cumbre del poder, conservó siempre las hermosas cualidades que adornaron su infancia, era inclinado naturalmente al bien y muy afable con todos, le gustaba complacer no sólo á sus bienhechores y amigos, sino también hasta á los inferiores. Su carácter era suave. Jamás la ambición del mando tuvo cabida en su noble corazón, prueba tenemos de ello en la respuesta que dió á uno de sus generales, cuando éste le proponía que adoptase para Estados Unidos el sistema de gobierno monárquico y que su jefe fuese designado como emperador: "He leído, le decía, con sorpresa y dolor los pensamientos que me habéis transmitido; creedme que ningún suceso en el transcurso de esta guerra me ha afligido tanto como saber por vos que tales ideas circulan en el ejército: debo mirarlas con horror y condenarlas severamente. En vano busco en mi conducta lo que ha podido alentaros á hacerme una propuesta que me parece impregnada de las mayores desgracias para nuestra amada patria".

Elevado á la primera dignidad del ejército, y durante el tiempo que permaneció en este alto puesto, no quiso admitir nunca el sueldo que como á generalísimo le correspondía, y sólo se contentó con que le fuesen pagados los gastos que hacía en favor de sus soldados. Este es un bellissimo ejemplo de raro desprendimiento que hace tan singular su abnegación, renunciando aprovecharse de su popularidad para depositar su espada y sus laureles en el altar de la patria.

Merced á sus servicios y profundos conocimientos civiles, logró dar á Estados Unidos, la constitución inmortal, rica y gloriosa que envidiarían tener algunas naciones libres. Después de haber hecho tantos y tan heroicos sacrificios para obtener la independencia de su patria él pensaba solamente haber cumplido con su deber.

Un autor queriendo elogiar y sobre todo dar á conocer el mérito del caudillo norte-americano se expresa en estos términos: "Un paralelo, dice, entre Washington y Napoleón, dará mejor idea del primero: Napoleón sorprendió al mundo con el esplendor de sus triunfos, Washington le sirvió de un modo sublime, uno arrancó la admiración, el otro mereció la estimación y reconocimiento. Washington murió tranquilo en el seno de su patria feliz; Napoleón, abandonado por la victoria, obtuvo una desierta roca en cambio de su trono fascinador. Finalmente á George Washington se le puede considerar como modelo del patriota abnegado, valiente y generoso. Sus costumbres eran puras, nobles de condición y de carácter, á todas estas cualidades unía una lealtad poco común que se hacía amar de cuantos lo rodeaban".



Menard.—Los grandes pinos



Thaulow.—Calle en invierno
(Pastel)

CONVERSANDO SOBRE ARTE

Creo que con la Exposición de la "Galerie Française" que acaba de clausurarse, se puede afirmar sin temor de contradicción que la sala de los señores Eyzaguirre ha quedado definitivamente consagrada como el centro artístico refinado de Santiago.

En este conjunto de cincuenta y seis telas estaban representadas escuelas distintas y, por consiguiente, el gusto personal de cada uno de los visitantes podía verse atraído por obras muy diversas, pero ninguna de estas obras era mediocre ó inferior. Desde luego, la presentación misma de la Exposición fué una lección de buen gusto: ahí se pudo ver la importancia que tiene para una obra de arte la buena colocación; y, es natural, pues una obra de arte es una dama aristócrata, que no debe ser ni vestida ni colocada de cualquier modo: quien dice arte, dice armonía y refinamiento. Las obras presentadas abarcaban mucho más de un siglo de arte, pues entre ellas figuraban dos admirables telas de la época de Luis XIV, un retrato de gran señor de *Hyacinthe Rigaud*, el pintor del Rey-Sol, y una vista de Venecia, casi de la misma época, de *Bellotto*, discípulo de "El Canaletto". El *panneau* en que se había colocado estas dos telas magistrales estaba completado por dos pinturas muy curiosas de *Roybet*, naturalezas muertas, quizás únicas en la obra del pintor y que tienen las mismas cualidades de las obras del mismo género de la gran época holandesa.

La transición entre estas pinturas de un estilo netamente antiguo, aunque las dos últimas hayan sido pintadas por un artista bien moderno, y las escuelas contemporáneas estaban señaladas por dos marinas de *Isabey*; antes de seguir adelante, quiero repetir lo que dije en otras conversaciones sobre arte, procuro siempre prescindir de mis gustos personales de escuelas y juzgar las obras dentro de sus escuelas y estilos respectivos y reconocerles sus méritos aunque éstos no sean los de mi aficiones.



Dagnan-Bouveret. — Carta de amor



Watelin.—Vaca blanca

Volviendo, pues, á *Isabey*, su gran marina de la Exposición es de lo que se puede llamar piezas de museo: su arte profundamente honrado tiene un parentesco directo con los grandes paisajistas holandeses y particularmente con *Ruysdael*. Pero no negaré que personalmente me siento mucho más atraído por las obras de otros grandes artistas representados en la Galería Eyzaguirre: *Daubigny*, *Corot*, *Harpignies*, *Boudin* y *Jongkind*; estos dos últimos, particularmente, menos conocidos del gran público, aunque provocan una admiración igual entre los "amateurs", me han siempre seducido y encantado: los dos son herederos de la escuela de Fontainebleau, pero muy felizmente influenciados por *Manet* y su escuela. La gama de los grises plateados de las marinas de *Boudin* da una distinción suprema á estas obras, que tienen además una factura preciosa á la cual el tiempo va dando una maravillosa patina. ¡Y qué goce me hace experimentar la bella patina de un cuadro, esta patina que hace que una obra, además de su color, de su dibujo, de su valorización, da también la sensación de una materia preciosa! En la Exposición pudimos admirar un *panneau* de *Stevens*, el maestro belga, digno de sus antepasados de la época de oro flamenca, *panneau* que siendo una maravilla de gusto, de valorización y de estilo, ha adquirido con el tiempo la apariencia de una exquisita laca japonesa. Estrecho parentesco artístico con *Stevens*, tiene este otro gran artista *Boudin*, cuyo cuadro de "Interior" figuraría, sin desmedro, al lado de un *Peter de Hoogh* ó de un *Terburg*, añadiendo á la preciosidad de la ejecución y al sentimiento del claro-oscuro de los holandeses, la delicadeza del sentimiento de las intimidades de *Chardin*.

Artista de la misma época que los anteriores y también de la misma distinción artística era *Chaplin*, cuyas obras han tenido y tendrán la

Estienne. —
MaternidadDupuy. — La pequeña
Chaleas.

Chaplin. — Indolencia

Chabas. —
Nenúfar

Rigaud. — Retrato de un gentilhomme

rara virtud de satisfacer plenamente al mismo tiempo que al gran público, los artistas refinados: el trozo presentado por la "Galerie Française" es de la mejor época y de la mejor manera del maestro. En la Exposición Internacional del Centenario habían figurado varios de los artistas representados también en el "petit salón": *Bailé, Detaille, Chabas, Gosselin, Royer*, todos de reputación mundial sólidamente establecida, pero por lo mismo que habían tomado parte en la Gran Exposición, sus obras ofrecían ahora menos novedad para los santiaguinos que las de otros artistas, que desgraciadamente se habían abstenido de concurrir al gran torneo, y cuya importancia en la evolución de la escuela moderna es considerable.

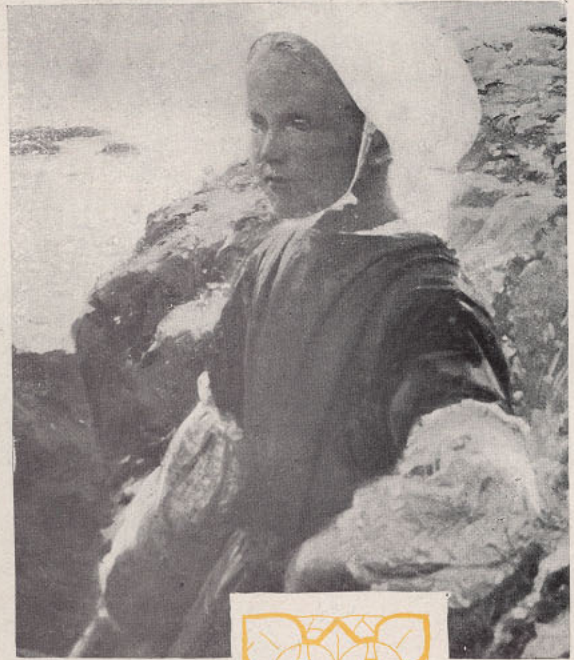
Siendo reducido el espacio de que puedo disponer, porque es mucho más interesante para los lectores de "Selecta" tener á la vista el mayor número posible de reproducciones, no puedo extenderme como quisiera al decir mi admiración, rayana en culto para el gran pintor *Fantin-Latour*, una de las glorias más puras, con *David*, con *Ingres*, con *Delacroix*, con *Corot*, *Millet*, *Puvis de Chavannes* y *Carrière*, del arte francés del siglo XIX, y que era representado en la Exposición de la sala Eyzaguirre por dos telas, de un estilo, de un dibujo y de una delicadeza de color y de valorización incomparables; también me habría gustado hablar de las tres obras de *Dagnan-Bouveret*, representando tres "épocas" de la evolución de este distinguidísimo artista, del cuadro de *Muenier*, pintor que acaba de triunfar en el Salón de París con una obra maestra, y del grupo de los animalistas teniendo á su cabeza á *Van Marcke*, el émulo de *Troyon*. No quisiera dejar olvidados tampoco el interesantísimo *panneau* de *Pierre*, el más joven quizás de los artistas expositores, cuya obra parece una feliz combinación de la escuela de *Cottet* y de la del belga *Leempoets*, ni los cuadros bretones tan simpáticos de *Leroux* y de *d'Estienne*, ni las preciosas obritas de *Pasini*, que reúnen algunas de las cualidades de *Meissonier*, de *Fortuny* y de *Fromentin*; pero las últimas líneas de esta conversación deben estar consagradas á los tres artistas de la escuela ultra-moderna cuyas obras me han causado la más completa alegría artística, *Latouche*, *Thaulow* y *Menard*. El pri-



Detalle. — Revista en Longchamps



Lynch.—La dama de las flores



Leroux—Niña bretona en las rocas



Baill.—La limpieza de los cobres

mero ha heredado toda la gracia encantadora de Watteau, y pone al servicio de sus concepciones de una elegancia suprema, la más prodigiosa facilidad para jugar con todos los matices más sutiles del arco-iris. Los colores de sus encantadores cuadros parecen reflejos de seda tornasolada. Todavía es muy reciente, relativamente, la sensación profunda que produjeron las obras de *Thaulow*, el gran pintor noruego, desaparecido demasiado temprano, y cuando su aspecto de coloso rubio parecía prometer una larga vida de triunfos artísticos. Su manera nueva de interpretar la nieve, primero, y después las aguas corrientes, fué una revelación que tuvo una influencia innegable sobre toda la escuela modernista de paisajistas. El pastel. "Efecto de nieve" presentado ahora, era una deliciosa muestra de la obra de este refinado artista. Pero la manifestación, para mí la más importante de la Exposición de la "Galerie Française" fué la presentación del paisaje de *Menard*, de quien no puedo sino repetir lo que decía recientemente uno de los jefes de la nueva escuela es el noble y gran pintor *Menard*. Empleo la palabra noble porque es la que me parece convenir al estilo de este artista; conservando todas las verdaderas conquistas, en el sentido del refinamiento de la visión, que se deben á las escuelas del fin del siglo XIX, *Menard*, con todo un grupo de artistas jóvenes comprendió que estas delicadezas de armonías no estaban reñidas con la seriedad del estilo y de la composición: impregnadas de un espíritu verdaderamente griego sus obras muestran la ciencia de composición de *Poussin* ó de *Claudio el Loreno*, unidas á la delicadeza de *Whistler* y á la magia del colorido de *Frank Brangwyn*: el pequeño cuadro de la "Galerie Française" es una obra de gran maestro...

Cuando aparezcan estas líneas, no solamente la Exposición se habrá clausurado, sino que la colección estará embarcada, en camino de Europa. Este rayo de sol artístico se habrá desvanecido, pero no sin haber dejado una huella vivificante y provechosa para la cultura del país. Además, cierto número de las obras que la componían queda felizmente en Santiago, en galerías particulares que se van enriqueciendo así con joyas artísticas: y entre estas obras tuve la alegría de saber que figuraban "Les grands pins" de *Menard*.

RICHON-BRUNET



Llevaba la cabeza un tanto caída y sus cabellos negros rechispeaban al sol.

LA ABANDONADA

CUENTO NAPOLITANO

ENTRE todas las abandonadas de la isla de Capri, Assunta Scotto, parecía la menos atrayente. Cada una de esas abandonadas inspiraba una gran simpatía ó una gran lástima: Assunta Scotto era la única que rechazaba la simpatía y distraía la piedad. El primer día que Hans Werteim, el pintor alemán, descubrió á Assunta Scotto, hallábase bastante lejos, allá por el fondo de la umbría, en el cenador, de pie y con los brazos levantados en punto de atar la tijereta caprichosa de un retoño. Habíase detenido y quedado en contemplación delante de aquella blanca silueta de mujer, con la cabeza cubierta por un casco de cabellos negros. Ella también le había contemplado por algunos instantes. La segunda vez se encontraba de pie delante de la *loggia* y agitaba en una olla de tierra, al sol, una confitura de fruta fresca, que su madre hubiera ido, sin duda, á vender á cualquier hotel, para servir al desayuno de los extranjeros. Llevaba la cabeza un tanto caída y sus cabellos negros rechispeaban al sol.

De estatura elevada, flaca, pálida, con los cabellos de un rubio desteñido, Hans Werteim no tenía de hermoso sino los ojos de un azul vivo, tan brillantes y en ocasiones tan dulces, que parecían los de un niño ó los de una muchacha. Llevaba siempre toscos pantalones cortos, medias gruesas y oscuras, pesados zapatos de montaña y una chaqueta ceñida al talle con un cinturón de cuero.

Venía de un país del norte de la Westfalia, de la obscura región de Magdeburgo: Italia le atría por la belleza de las cosas y de las personas, sentía su encanto íntimo, sin poder expresarlo con palabras, tratando de expresarlo en paisajes hermosos, en un trozo de mar, en un rincón de cenador en una casuca enlazada por las ramas de un rosál, ó bien en la figura de un muchachuelo vivo y ágil, entrado en carnes, que rodara por los secos arenales, en la ribera del mar, ó en el rostro de un viejo pescador tostado por el sol, blanca la cabellera, la pipa en la boca, ó en la fisonomía de alguna chiquela morena, de negra cabellera... Cuántas veces no trató de decidir á Assunta Scotto á que modelara para él, y posara, no en su modesto taller de la calle Krupp, no ya en su

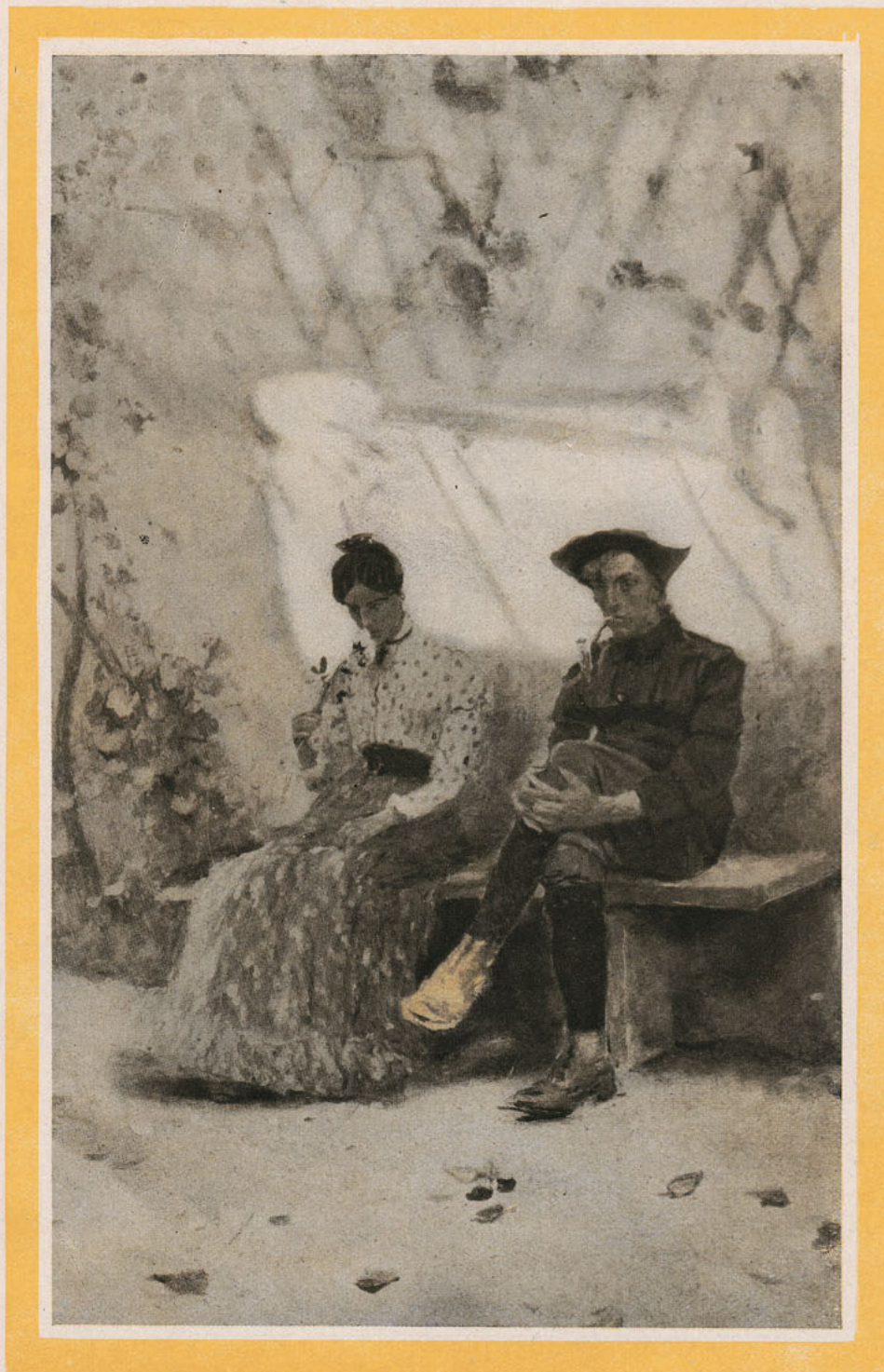
casa propia, sino al aire libre, en el jardín, delante de todo el mundo.

Al rogarla de semejante manera, sus ojos se volvían suplicantes, como los de un niño, y todo el amor oculto, casi disimulado, que experimentaba por Assunta palpitaba entonces; eran irresistibles esos ojos de Hans Werteim. Siempre, obstinadamente, Assunta le había rechazado. Y sin embargo, ella le amaba.

Ella le había amado así, desde el primer momento en que Hans, tímido y embarazado, le había dirigido la palabra desde el dintel de su jardín; le había amado por ese encanto bizarro que ejerce el alma desconocida de otra raza, venida de país lejano, alma desconocida que atrae, penetra, subyuga y domina. Era para ella el extranjero, como para tantas otras jóvenes de Capri, que habían sido cortejadas. Hans Werteim era para Assunta Scotto el extranjero, es decir, el peligro misterioso, la amenaza oscura. Sin embargo ella le había amado: profundamente, en silencio, con reservas, con fingida indiferencia glacial, le había amado. Todas las redes ingenuas, y sin embargo, peligrosas que el amor tiende siempre, Hans Werteim, fuertemente enamorado, las había tendido; pero Assunta, insensible en apariencia las había desligado de sí misma.

En su alma más bien sencilla y ruda, Hans Werteim se desesperaba de tal insensibilidad. Era incapaz de ver en el fondo obscuro y misterioso y altivo de Assunta Scotto, que estaba pronta para morir y vivir con él. Sufría, ella sufría, pero se amaban, y por espacio de largas jornadas, todos los días, Hans Werteim iba á sentarse al lado de Assunta Scotto, sobre la muralla del cenador, arrancando una por una las hojas de la viña, charlando lentamente, callándose. Los padres de Assunta, vigilaban, contemplaban al extranjero con inquietud; ella no le permitía nada más que esa conversación lenta, tranquila, durante la cual no podía ni siquiera tomarle la mano. De suerte que un día, Hans Werteim, presa de la desesperación, partió de Capri, volviéndose á Alemania y á Magdeburgo. De igual manera, que las demás jóvenes de Capri, que habían sido seducidas y abandonadas por extranjeros, Assunta fué abandonada por

todos. Su rostro de color de rosa, palideció; ella enflaqueció, no volvió á pasearse más durante las mañanas de primavera y las tardes de otoño debajo de la dilatada parra ó del cenador de murallas blancas, bajo las columnatas blancas, en donde en otro tiempo iba á saludar al sol, al levantarse ó al ponerse, en las aguas azuladas del mar. No aparecía ya esbelta y amable, bajo el pórtico del jardín, para vender claveles rojos á las *missis* y peras perfumadas á los *mein herr*. Era una abandonada, pero no como las demás. Sus lágrimas secretas eran lágrimas de pena no lágrimas de vergüenza. Ella no se había dado. Su alma tan sólo había sido vencida y arrastrada por allá lejos, bien lejos, á la fría y gris Alemania. Por lo tanto no quería piedad, ni aceptaba consuelos, orgullosa en su tristeza, pero también en su virtud. Así poco á poco todos se alejaron de ella, nadie la vió nunca más, fué aislada en medio del jardín en el cual ella había amado, entre la blanca casuca en la cual ella había soñado su sueño único, y el mar azul por el cual había llegado Hans Werteim y por el cual él se había ido.



Todos los días, Hans Werteim iba á sentarse al lado de Assunta Scotto.

En medio de una multitud alegre y endomingada de mujeres, niños y hombres, los dos novios, Assunta y Hans Werteim, había ido y vuelto de la casa paterna por el camino de Tragara hasta la característica plaza

de Capri, llena de gente que discurría bajo el extraño arco de su puente, sobre las gradas que suben hacia la parte superior de la ciudad. Allí habían penetrado á la Municipalidad, en donde habían contraído matrimonio en presencia de numerosísima concurrencia que invadía alegremente la gran sala. El alcalde había pronunciado algunas palabras afectuosas para saludar á la honrada y hermosa muchacha que en ese día contraía matrimonio en Capri, y que partía luego á llevar la felicidad serena y la feliz paz al alma de un artista, que también era un extranjero. Bajo su ligero velo blanco Assunta había escuchado inmóvil, con los ojos bajos, ese sencillo discurso; vestido de traje azul marino, casi elegante, Hans Werteim había escuchado, aprobándolo, con movimientos de cabeza, en tanto que sus ojos se llenaban de lágrimas.

A la salida de la Municipalidad, desde lo alto de los balcones de las casas una cantidad de flores deshojadas caían de manos de las mujeres sobre los recién casados y sobre su cortejo. Los padres y los amigos arrojaban á porfía puñados de caramelos y de pastillas que los chicuelos recogían por las calles. Hubo también lluvia de flores y de caramelos al ir y al venir de la calle

de San Estéban á la Catedral, en donde se celebró la ceremonia católica, á pesar de ser Hans protestante. ¿Cómo hubiera podido vacilar siquiera? ¿Acaso no había venido á Capri, después de dos años, de improviso, para rogar á los padres de Assunta que se la diesen en matrimonio, dejándosela llevar á Magdeburgo, al fondo de Alemania? ¿No se había presentado súbitamente como un fantasma enamorado delante de Assunta, y no había caído ella desvanecida, como si la vida la quitara en presencia de aparición semejante? Después había puesto su mano entre las de él, para siempre, consintiendo en partir con él para siempre de Capri, para vivir con él allá en el norte, sin volver acaso jamás á Capri? Durante dos años Hans Wertem, con el poder sentimental de los hombres del norte había guardado en su alma la imagen de Assunta como en estuche herméticamente encerrado; no había escrito ni carta ni tarjeta postal alguna. No había dado signo de vida; pero había continuado amándola con inmensa nostalgia de su

persona y de su corazón ardiente, puro y fiel. En medio de las brumas de Germania, durante largos días, sin sol, en su casa sombría y triste, había sufrido en silencio por la ausencia de la morena y floreciente joven de Capri, como si toda su vida sentimental se hubiera concentrado allá lejos, debajo del cenador, cubierto de enredaderas, en donde se habían sentados juntos bajo el azul del cielo y del mar.

Súbitamente, sin decir palabra que le anunciara, como si una fuerza misteriosa la impeliese, Hans Wertem había vuelto á Capri y se había casado con Assunta Scotto delante de los hombres y de Dios para llevarla consigo á su país triste y helado, á fin de que en él pusiera la belleza y el amor del sol. ¿Qué importaba á Hans lo que pasaba en la plaza ó en torno suyo, en la Municipalidad ó en la iglesia? De

tiempo en tiempo tomaba la mano de Assunta y la guardaba entre las suyas con gesto infantil é ingenuo; ella le entregaba su mano y se quedaba así, junto á él, tranquila y silenciosa, serena como una persona que ya ha roto los lazos que la ligaban á la familia, á la casa paterna, á la patria.

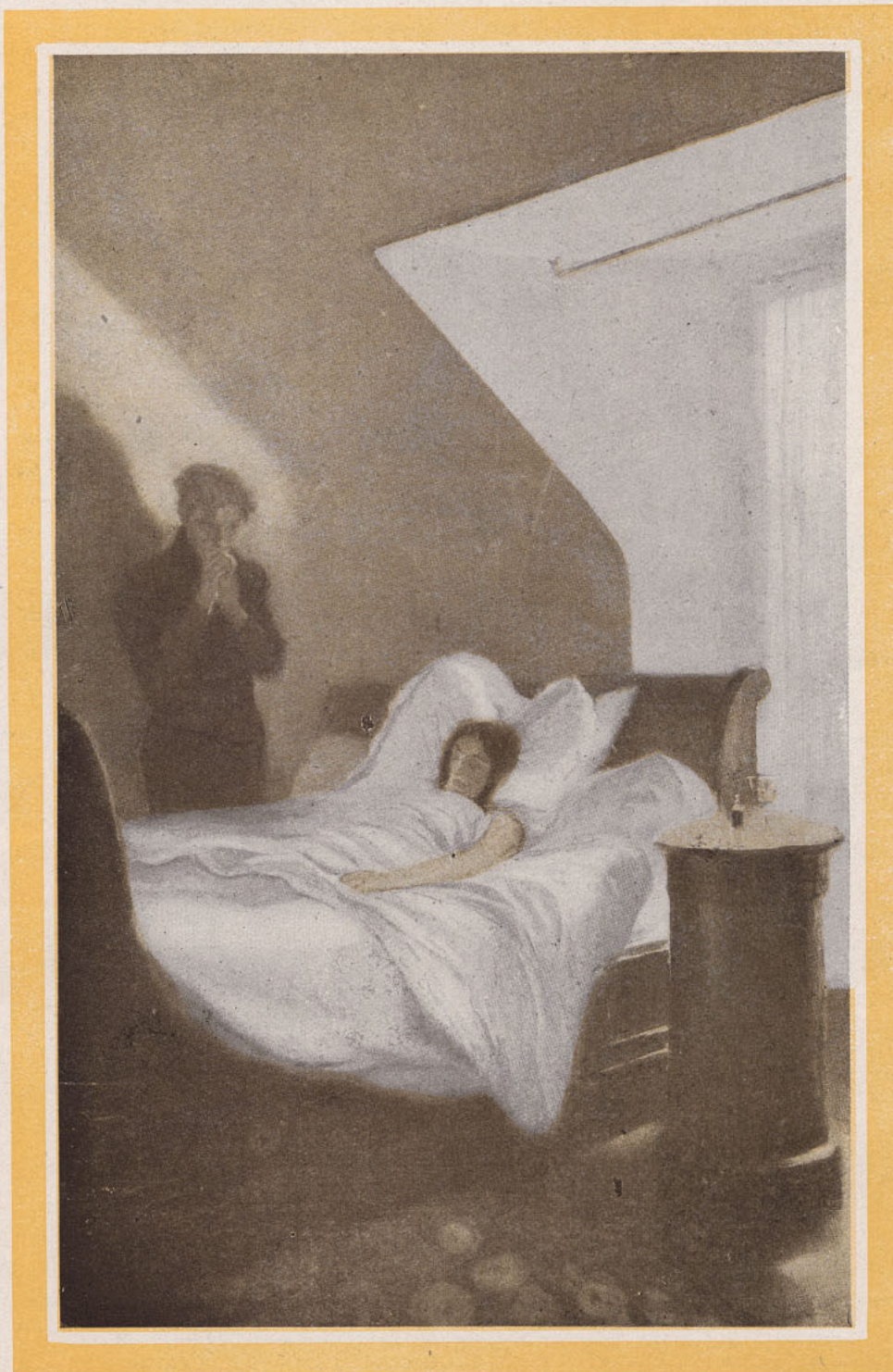
En un instante lo había roto todo, en un instante lo había

olvidado todo. Abrazaba á su padre y á su madre, á sus parientes y amigos con afecto pero con desprendimiento firme y tranquilo. Sonreía á sus amigas, acariciaba á los niños, pero eran sonrisas y caricias de adiós. Bajaba la cabeza ante los buenos deseos, los vivas y los saludos, agradecía á todo el mundo, más de súbito sus ojos se encontraban con los de Hans Wertem y se distraían de golpe.

Ahora, en el camino de Tragara ya no quedaban sino grupos de amigos y de parientes que esperaban á los recién casados, y que debían bajar á La Marina Grande para embarcarse en el vaporcito que debía conducirles á Nápoles, de donde partirían al día siguiente para Alemania.

Los casados salieron por la puerta del jardín que les recordaba su largo idilio.

✻ ✻



Su mano fiel y tierna, se heló entre las manos fieles y tiernas de Hans.

En una obscura mañana de Diciembre, en tanto que toda la ciudad de Magdeburgo se encontraba helada y cubierta de nieve, y el cielo envuelto en un sudario opaco de nubes, en la vieja casa negra y fría de Hans Wertem, lejos del cielo risueño de Capri, al cual no había vuelto desde hacía tres años, murió Assunta Scotto de una larga anemia, de muda y resignada languidez.

Había sido una bella y delicada flor desarraigada de su suelo natal.

Su mano fiel y tierna se heló entre las manos fieles y tiernas de Hans, esas manos robustas que no habían podido retener sobre la tierra, en vida, á la que se había consumido de amor, de pasión, de sacrificio.

MATILDE SERAO

(Arreglo especial para "Selecta" de F. R.)

NOVELA DE AMOR

EN LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ALEMÁN



OR su nombre de soltera, llamábase Elena de Doenniges; hoy es la señora de Schewitsch, después de que, por algunos meses, llevase el apellido de Racowitza, y de haber estado á punto de llevar el del célebre agitador Lassalle. Elena, nombre fatal á los troyanos, no lo fué menos al fundador del partido obrero alemán. Por haber encontrado en su camino la hechicera hermosura de Elena de Doenniges, Fernando Lassalle murió en un duelo de pistola en el mes de Agosto de 1864. Trágica historia fué ésta, y para narrarla, empleóse mucha tinta. Por segunda vez acaba de relatarla la heroína, Elena de Doenniges. Sus "Recuerdos", publicados en estos últimos días, son en estos momentos un libro que ocr la atención de toda Alemania.

Desde su infancia, Elena de Doenniges prometía mucho. Ella misma cuenta que á la edad de seis años, cuando sus compañeras sólo pensaban en sus muñecas, ya ella urdía amorosos enredos con los hermanos primogénitos de sus amiguitas. Quizás á causa de este temperamento expansivo y prematuro, la madre de Elena la prometiera en matrimonio, cuando apenas cumplía doce años, á un oficial sordo. Los Doenniges no eran ricos. Después de haber sido profesor en Berlín, el señor Doenniges fué llamado á Munich por su discípulo, el rey Maximiliano II, en calidad de consejero. Creíase, generalmente, que el señor Doenniges gozaba en la corte de grande influencia; pero, aunque ostentosa, esa situación era poco lucrativa. Doenniges tenía una mujer muy dispendiosa, muchos hijos y el escrúpulo de conservar su rango en Munich. En tales condiciones, la señora Doenniges sentía prisa en casar á sus hijos. Sin embargo, al ofrecer á Elena á la edad de doce años, la señora, sin duda alguna, procedía con una excesiva precipitación. Su propia hija se lo tuvo á mal. Por otra parte, la señora de Schewitsch hace recaer en sus padres la culpa de sus extravíos. Da muestras de preocuparse mucho, en sus "Recuerdos", por justificarse contra los ataques de que fué víctima. Sus amados padres reportaban el gasto de estas tentativas, más ó menos acertadas, de apasionada rehabilitación. "El medio en que me crié, escribe la señora de Schewitsch, era ideal en todo lo que se refiere á la inteligencia, sentimiento estético, comprensión artística, cultura mundial; pero dicho medio era infinitamente inadecuado para desarrollar lo que se llama el sentido moral".

Tal vez Elena Doenniges habría acabado por casarse con su oficial, á no haber intervenido la abuela de la niña, que, enternecida por las lágrimas de ésta, se opuso enérgicamente al proyecto de matrimonio. Diéronse sus dimisorias al cuadragenario italiano, y el corazón de Elena sintióse libre, aunque no por mucho tiempo. Un joven ruso, Pablo de Krusenstein, ocupó el puesto por entero. Esta fué la primera gran pasión de Elena. Sin que la malicia interponga sus torcidos juicios, si puede decirse que esta es la primera ocasión en que ella comunica al mundo sus amores primaverales. Al día siguiente de la muerte del político ruso, con quien su nombre está perdurablemente ligado, ella publicó un opúsculo, intitulado: "Mis relaciones con Fernando Lassalle". En este libro, que tenía que ser una confesión completa y sincera, el nombre de Pablo de Krusenstein ni siquiera una vez es mencionado. Es difícil atribuir este silencio á su olvido, tanto más, cuanto que los dos jóvenes, según todas las apariencias, habían llevado las cosas á extremos muy delicados. En un capítulo que concluye con puntos sus-

pensivos, tan frecuentes en las modas contemporáneas, la señora de Schewitsch exclama: "Siempre he conservado hacia Pablo de Krusenstein un recuerdo tierno y ardoroso. Muy á menudo lo he defendido contra algunas de mis amigas que apodaban á mi gran loco genial de Pablo su "indolente seductor". No, mil veces no, no era eso. Jamás me he arrepentido de aquella hora de abandono candoroso y poético, entre el aroma de las flores y el canto de los risueños, al ligero murmurio del mar plateado por los destellos de la luna. ¡Noche de Estío, sosegada y azul! Jamás esa luna, vieja en tantísimos siglos, contempló algo que fuese más hermoso y más ardiente. ¡Bendita, una y mil veces, esa florida noche!" Por esta muestra se ve que la señora de Schewitsch posee sus letras menudas. Y el fragmento transcrito no carece de elocuencia. De todas suertes, permitido es preguntarse si Fernando Lassalle y Yanko de Racowitzi habrían llegado hasta batirse en duelo por Elena de Doenniges, si hubiesen conocido en todos sus pormenores el idilio de Niza, que ella narró muchos años más tarde. Por otra parte, el tal idilio no tuvo otras consecuencias. Pablo de Krusenstein no era un partido serio. Los señores de Doenniges se pusieron de acuerdo para echarle de la casa. El trató de consolarse, tomando parte en una expedición polar. Pero naufragó y estuvo á punto de perecer entre los témpanos. Volvió enfermo á Rusia, y á poco murió de una afección al pecho.



En 1862, Elena de Doenniges conoció al gran jefe revolucionario alemán. "Es usted la única mujer que yo pueda representarme como la compañera de Lassalle", habíale dicho un día un amigo de su padre. Volviendo y revolviendo esta frases, Elena, como era natural, dióse prisa en preguntar á cuantos la rodeaban quién era Fernando Lassalle. Su abuelo levantó los brazos al cielo: "Ese es un horrible asesino, le había dicho; pretende que los ricos compartan su dinero con los pobres". Esta sumaria explicación de lo que en aquella época representaba el ilustre agitador, no bastó á que ella se convenciera de su ignominia. Así es que ya sólo se preocupó en buscar la oportunidad de conocerlo. Entre tanto, emprendió la lectura de sus obras en compañía de un joven diplomático rumano, Yanko de Racowitzi, personaje muy insignificante, pero enamoradoísimo pretendiente, partido muy conveniente y que merecía la aceptación de toda la familia Doenniges. Elena que, no porque á veces sólo escuchase la voz de su corazón, dejaba de dar oídas á la de la razón, evitaba, discretamente, no desanimar á Yanko de Racowitzi. Estaba resuelta á conocer á Lassalle, porque era tan hermoso como ella; pero en lo absoluto ignoraba cómo se desarrollaría y desenlazaría aquella anhelante aventura. Por lo tanto, no era prudente cortar el hilo que retenía á Yanko de Racowitzi, que era el novio eventual. Más vale, dice el proverbio, pájaro en mano que cien volando.

Elena de Doenniges y Fernando Lassalle fueron mutuamente presentados en Berlín, en el salón de un amigo de los dos. Volvieron á encontrarse en Suiza en el estío de 1864, ó mejor dicho, Elena puso todos los medios para verse cara á cara en Righi con el hombre en quien fundaba sus más risueñas esperanzas. Lassalle, en Berlín, sintióse inmediatamente subyugado por la rubia belleza, la gracia, la osadía, la viva inteligencia de Elena de Doenniges. Sin em-

bargo, un casamiento ofrecería dificultades casi insuperables. Lassalle era socialista de opinión é israelista de raza. Los Doenniges jamás consentirían en darle á su hija. Por otra parte, Lassalle, desde un principio, no se hizo ilusiones. Tranquilamente propuso á Elena raptarla. Elena rehusó, aunque débilmente y sin indignación. Era evidente que cedería al cabo de algún tiempo. Y, de hecho, ella fué la que volvió á lanzar á Lassalle á su retiro de Righi Kalthad. Esta entrevista reanimó el amor adormecido de Lassalle. Desde entonces la suerte quedó echada. De vuelta á Ginebra, en donde sus padres residían, Elena les dijo: "Por más que ustedes hagan, yo me he de casar con Lassalle". "¡Antes te mataré!" le replicó su padre.

Nos faltaría espacio para describir en todas sus peripecias la lucha que á esto se siguió. Es trágica y de sumo interés en el relato de la señora Schewitsch. Evidentemente que fueron sinceros los dos héroes del drama. A pesar de sus yerros, tienen derecho á la simpatía que siempre excita una pasión verdadera. Por otra parte, Lassalle se portó en este asunto con una corrección inesperada, dados sus pésimos antecedentes. Elena fué á reunírsele al hotel en que se hospedaba, en Ginebra, poniéndose á su disposición. Lassa-

lle la tomó de la mano y fué á entregarla á sus padres. Había cambiado de parecer desde Berlín y quería obtener á Elena con el consentimiento de su familia. ¡Excesiva pretensión! Una corta entrevista con la madre de la que amaba bastó para disipar sus ilusiones. Fué por ella tratado con extremada insolencia. Por último, casi no hacía más que retirarse, cuando el señor Doenniges, padre, volvía á la casa, tomaba un filoso cuchillo y amenazaba matar á su hija si no escribía inmediatamente una carta de rompimiento á su indigno pretendiente. Elena tuvo la debilidad de obedecer y esta debilidad produjo la catástrofe. Lassalle dirigió cartas injuriosas á Yanko de Racowitzi y al señor Doenniges: Yanko contestó con una provocación. El duelo se efectuó el 28 de Agosto de 1862, á las puertas de Ginebra. Antes de ir al terreno, el "novio eventual" vino á despedirse de su "novia". "Estaba yo segura de que volvería á verlo", escribe la señora de Schewitsch con una franqueza que desconcierta. Sin embargo, el acontecimiento tuvo un giro diverso del que ella esperaba. Cuando Yanko de Racowitzi vino á anunciarle que había matado á su adversario: "¡Vete de aquí, le dijo, yo te detesto!"... Sin embargo, casábase con él dos meses más tarde... ¡En promesas de mujer!...





LUNA DE VERANO

CUADRO DE LORD LEIGHTON

Contrapuntos Espirituales



ALVEZ sería mejor decir: *oscilaciones y equilibrios espirituales*.

Yo tengo dos amigos, dos consejeros, que pareciéndose mucho en la ancha y marfilina frente pensadora, en los relucientes ojos escrutadores y hasta en el sonoro timbre de la voz, con una complexión física casi idéntica, no tienen nada de común ni en el pensar ni en el sentir: son polos opuestos, Ormuz y Arimán, en el raciocinar y en el entender las cosas del mundo que están fuera y dentro de cada uno. De vez en vez, suelo yo escucharles con gran atención y, ¿por qué no decirlo?, con el más perfecto recogimiento interior, con el alma pendiente de sus labios contradictorios, irónicos y amargos en ocasiones. Generalmente llegan juntos, silenciosos en un principio. El uno toma asiento en la silla de balance y el otro en el sillón de cuero repujado. De raro modo me miran y apenas estos ojos relucientes caen sobre mí, ya me siento subyugado al imperio de sus voluntades. No puedo ya pensar en otra cosa sino en que ellos están delante de mí, y con la más íntima ansiedad espero sus palabras. Con más frecuencia vienen de noche, y con un aire misterioso, socarrón y maligno, que se acentúa al dirigir sus miradas, alternativamente, á los cuadros que me representan en distintas edades de mi vida, obras de hábiles ó mediocres artistas á quienes yo bien estimo. Después el fulgor de sus pupilas escrutadoras me baña y me hiela. Y éstos mis dos amigos se me presentan con seguridad—y he aquí lo que me tiene más admirado—cuando estoy rumiando algún placer gustado algunas horas antes.

Así de este modo estaba yo hace no muchos días. Mi cena había sido alegre. Cómo entraron las dos sombras, mis dos consejeros, mis perseguidores, mejor dicho, no lo sé. Estoy seguro de no haber dejado la puerta abierta. Oía yo entonces la más bella sinfonía que hombre alguno haya escuchado en una noche parecida. Ella, la Amada, eternamente soñada, estaba delante de mí en toda la opulencia de su firme y rebosante hermosura; sus duros y blancos brazos ceñían mi cuello con la embriagadora suavidad de la

azucena olorosa, mientras sus ojos verdes que tenían un ecuóreo resplandor se abrían sobre mis ojos y sus labios perlaban su euritmia inaudita.

Uno de los nocturnos visitantes comenzó á hablar:

—Evidentemente, los hombres no se dan cuenta de que la Vida los engaña sin piedad; ó es que quieren ser engañados y, á su vez, mentir á los demás. Porque ¿cómo es posible que éstos vapuleados por las agujoneadoras avispas de sus pasiones é instintos, por los obstáculos de toda clase que á la realización de sus aspiraciones oponen los unos contra los otros, cómo es posible, repito, que rían y tengan placeres, y no sientan que danzan sobre las aguzadas puntas de los puñales? Todo es vano, efímero aparental. No hay que afanarse por cosa alguna bajo el sol, porque la ley de las mutaciones imprescriptiblemente se cumple, porque no hay otra fuerza que esté sobre las mutaciones mismas. De aquí resulta que la completa indiferencia, un estoicismo más elevado que el de los antiguos, una noble y desafiante impasibilidad, sean las mejores normas para un espíritu superior que busque más alta superioridad, menos efímera y aparental que todas las cosas que conocemos. Alcanzar el quietismo absoluto, el absoluto reposo, he aquí la felicidad.

¿Me dices tú que así no habría virtud, que predico el aniquilamiento ó el desórden y que mi felicidad la hago emperadora en el caos, ó en la nada? Probablemente, pero yo veo, desde que la humanidad tiene conciencia de sí mismo (conciencia de la humanidad, decir algo alambicado ú obscuro), que nada ha hecho el hombre, después de muchos esfuerzos y sacrificios, que no haya resultado vano, aparental ó efímero... En esta noche, en medio de esa ruidosa y desacordada alegría que hemos visto y oído, entre las luminarias y los perfumes, entre las armonías de las orquestas y el desgranamiento multicolor de los fuegos de artificio en un azul de ultramar, en esta noche propicia á todos los amores, ¿no habrá un alma de sinceridad y franqueza que confiese la banalidad y pequeñez, y también la mentira, de toda aquella dicha rumoreante y vocinglera? *Si los ríos son las vidas que van á dar en el mar, que es el morir, no vale la pena el regocijo por la proximidad inminente de la muerte para otra vida en la cual no habrá*

ni una tilde siquiera, de vaga certidumbre de un existir anterior. Hace muchos milenios que trato de formarme un concepto de la vida y sistemas y variaciones de sistemas, cien mil doctrinas y otras tantas fábricas filosóficas he construido y de desilusión á derrumbamiento, no puedo ir más allá de la muerte y finamiento siempre ignorado.

Así también pienso que es una insensatez mortificarse por el mañana, torturarse por descifrar el enigma de la esfinge que está plantada en medio del desierto, inmenso y desolado, fría é inmóvil, con su burlona sonrisa de basalto. Esta sensación de cruel impotencia, de la tiranía irreductible de lo misterioso es lo único cierto y definitivo. Cuando me sumerjo en estas cavilaciones recuerdo, no sé por qué, al Ogro de Tebas, esta escultura que tiene la miseria de treintatres siglos y de la cual Pierre Loti, maravilloso evocador de exotismos, nos habla en su libro "La Muerte de Philae". Tú lo has leído (dirigiéndose á mí el visitante en tono magistral). Es la estatua toda de granito negro. Cuerpo femenino, lleno de gracia y de frescura de juventud, esbelto y firme, resplandeciente de castidad con sus pequeños senos virginales. Su mano ostenta una flor de loto. Y sobre sus hombros, juvenilmente modelados, se alza su gran cabeza de leona. Los pinjantes de la calántica le llegan al pecho y ancho disco de luna remata el tocado. La mirada muerta—añade el evocador—da á su feroz aspecto cierto no sé qué inconsciente y fatal: "Ogro irresponsable, sin compasión ni alegría, voraz como la Naturaleza, devorador á la manera que lo es el Tiempo". Produce en el que lo contempla una sensación de duda y desencanto con la ironía de su sonrisa y la inexpresable "vivacidad" de su mirar muerto. No hay duda: es grandioso el símbolo egipcio del gigantesco y blanco templo de Ammon. Cuerpo virginal, así esbelto y encantador, parece, cuyas graciosas curvas seducen el deseo, embriagan la vista é invitan á una indefinida consustanciación, así el tuyo, Naturaleza; pero cuán fría é implacablemente trituradora con tus formidables mandibulares, jamás satisfechos ó inactivos!...

Hubo un momento de silencio. Miré por el abierto balcón hacia la espesa cortina de verdura por entre cuyos encajes las brisas suspiraban sus melancolías, ó, despertando sobresaltadas, contaban sus sueños postreros. También yo suspiré porque sentía no sé qué tristeza y no sé qué desencanto: mezcla indefinible de arrepentimiento y de temor. Después se oyó la otra voz:

—No te atormentes estérilmente, ni acrezcas con nefando empeño las negruras de las cosas. Mentira es la inutilidad de la vida y es pecado vitando no sujetarse á su ley, é imposible conseguir la impasibilidad ante ella. La vida se mejora así misma, porque ha sido hecha para eso, para mejorarse, para el constante é ilimitado perfeccionamiento. Ella no devora á sus hijos como Saturno; es fecunda en el bien, en su transformación y modificación perpetuas. De sus imperfecciones nace y brota la floración maldita del Mal, que trae el dolor y la amargura y el crujir de dientes; pero ella en una larga paciencia, paciencia en la cual un segundo es un milenario de siglos, disminuye sus imperfecciones, sus errores y sus equivocaciones. Así ella enseña, la eterna Maestra, á la actividad humana á esforzarse en su modificación, en su aspiración al bien. De este esfuerzo, de este sacrificio y dolor, nacen la bondad, el placer puro é intenso, la alegría de vivir para este noble fin, para el noble objetivo de mejorarse cada día más en un infinito de ascensión, en una ilimitada escala de Jacob. Atrás con tu símbolo egipcio, hijo de una errada concepción de la Naturaleza y de la muerte. Sí, es devoradora la Naturaleza tanto como es perfeccionadora: devora lo que es malo, lo que no es hábil para cumplir su fin de progreso y de utilidad. Del inmenso laboratorio de la Muerte, en donde se funden todas las arcillas y los metales, en sus inmensas hornazas, cada vez se obtiene mayor purificación del limo, más brillantez en el oro, más pureza y mayor consistencia en el bronce. Aparenciales sí que son entonces los dolores y las miserias, porque nada valen delante de la purificación de la Vida, de la Naturaleza y de las Fuerzas Inmanentes.

Y hay que advertir que el desencanto tuyo de la Vida, y ese dolor que dices de la Vida, provienen en su mayor parte, no de ella misma, sino de una mala comprensión de ella. Los hombres la han hecho mala por no acatar sus leyes ó por haberlas interpretado equivocadamente. Han pretendido subyugarla á sus caprichos, desviarla de su fin normal y plegarla á la complaciente satisfacción de sus groseros caprichos. Corren tras lo que llaman el placer, y faltan á sus saludables prescripciones. Entonces en la amargura, en toda clase de miserias, en la muerte, encuentran la sanción. Y la Naturaleza sigue impasible é implacable su camino...

En llegando á este punto, dí yo un gran suspiro; las dos miradas escrutadoras cayeron sobre mí como inquiriendo mi modo de pensar. Y yo dije resueltamente:

—Estoy como la copa de esos árboles que mueve el viento, tan pronto de un lado como del otro; así me balanceo. Oscilo como el péndulo que marca los segundos y los minutos en la esfera blanca é inmensurable de la Eternidad. Hoy pienso una cosa y mañana ya no creo en ella: de contradicciones y de arrepentimientos está hecha la finísima urdimbre de mi vida. ¿Ocurrirá esto mismo á los demás hombres? Nó, probablemente; ya que ellos estiman tanto la consecuencia, la fidelidad, la constante adhesión á una idea ó á una creencia. Pero yo recuerdo que decía Renán, el divino Renán: "Únicamente lo que no es progresivo es lo que no varía. El pensador y el filósofo están sujetos á las fluctuaciones y modificaciones. El medio para no variar es no pensar. Nada más inmutable que la nulidad que jamás vivió con la vida de la inteligencia, ó el espíritu tosco que nunca ve más que un aspecto de las cosas".

Amo el bien y quiero practicarlo siempre. Si en mano mía estuviera, yo remediara sin dilación todo dolor y contratiempo ajenos.

Amo á los pobres, á todos los humildes, á los que han pecado, á los que padecen ignorancia, á las Magdalenas irredentas, y deseo ser modesto entre los modestos. Pero de pronto un anhelo incontenible de dominación y de soberbia me golpea el espíritu con un rudo aletargo de águila y quisiera ser, en una no sé qué violenta ofuscación y trastorno de mi natural sencillez y de mi natural bondad, un gran perturbador de tranquilidad, un revolucionario y un caudillo de hierro y de fuego, agitar á la muchedumbre rebañega y arrastrarla en pos de mí á las más locas conquistas y ser después una Providencia sobre toda tierra devastada y sobre toda sangre vertida. Entonces es cuando pienso, pero con todas las veras del corazón, que la ambición y la soberbia son un bien capaces de tenerlos sólo los espíritus superiores. Entonces es cuando justifico á todos los grandes dominadores de la historia, déspotas y tiranos que han deslumbrado las épocas con el horror de sus audacias. Ciro, Alejandro, Atila, Napoleón, cada uno en sí conjunto y cifra de las barbaries de la especie, flor de los instintos malévolos de la humanidad, los juzgo los más grandes de los héroes, en línea no más baja que la de los dioses, porque demuestran la fuerza subyugadora del hombre, lo mismo que la tempestad que aterroriza con el rimbombiar del trueno y con la espada del rayo y con todos sus demás espantos, lo mismo que la tempestad que es la soberana manifestación del poder y de la grandeza de las causas que ocultas rigen la trinidad del cielo, tierra y mar.

A veces me parece que creo que el Bien y el Mal son los dos principios que constituyen la esencia del Todo; que yo mismo como átomo imperceptible del Sustantivo Absoluto comparto de sus dos manifestaciones y que por ello en mí se mezclan y confunden el angel y el demonio. Tal vez toda la ciencia de la vida resida en esta eterna lucha del Bien y del Mal. Es esta misma ciencia de los que fueron tantos siglos antes del Cristo, en las orillas del Ganges. Teogonías admirables las de aquellos pueblos tan viejos y que ya no son más, sino sólo en sus libros sacros. Leer en ellos las victorias del Mal, su Odio hecho divinidad, deleita en medio del horror que produce.

Por lo que se refiere á la Naturaleza, la adoro humildemente, aún en la más insignificante de sus manifestaciones. La amo como San Francisco de Asís y me considero dentro de ella al igual de la aveilla que raya con su canto y con su ala el azul del cielo, igual á la oruga y al cardo que florece en los caminos y cuyas plumillas son ludibrio de todos los vientos. Hermano cardo y hermana oruga, os confundiréis conmigo; me confundo con vosotros ahora y siempre. No sé otra filosofía, no quiero otra; porque al fin y al cabo se compendian todas en lo finalmente inexplicable, después de toda tentativa y de toda averiguación. ¿Cómo yo mismo me he mortificado entre tanta lobrete, naufrago en las ondas salobres y flácidas de las dubitaciones...

Aquí callé, inclinando la cabeza sobre el pecho como una gran amapola cuando la hiere el sol de estío. Entonces lentamente dijo uno de mis amigos:

—Nó, jamás son inútiles estas exploraciones espirituales. Traen bien las luchas y las penas del alma que quiere desentrañarse. No importa que golpee sin cesar en la dura berroqueña de su misterio; no importa que en su mano desfallezca el martillo. Una sola chispa y una sola arenisca que broten, recompensan abundantemente el cansancio laborioso y fortifican. Toda vez que asoma tímidamente, borroso, la pequeña línea brillante, puede uno estar seguro que de ahí á poco más encontrará su tesoro, su consolación y su verdadera vida. Más aprenderás en tí mismo que en toda una biblioteca de antiguos y modernos: ¿Estás tú bien seguro de que al decir que eres débil para la actividad espiritual, es porque conoces que no tendrás después centuplicadas fuerzas para descifrar tu propio enigma que te tortura? En verdad te digo que con solo manifestar tu temor y tu inseguridad, ya has dado un gran paso. Es Emerson quien aconseja: "Debes tener valor para pensar y decir tu pensamiento pronto, porque puede ser que otro se adelante á decir lo mismo que piensas y tengas que recibir de mano ajena, con vergüenza, tu propia opinión". Debes revelar, agregó yo, tu trabajo interior, aunque más no sea sino para apartarte de los que no saben, para intentar un picotazo de águila en la altura del sol. Deja, deja no más que haya muchos que se afanen por los bienes materiales, sin nunca pensar, siquiera, por qué suerte de prodigio se irguieron y verdegaron los trebolares con que se nutren. Atórmate con tu sed de lo misterioso. No importa que osciles como la aguja del péndulo, ni que vayas de un lado á otro como la rama del árbol, juguete del viento, porque viento divino es el que te bambolea, porque dentro de tí mismo alienta lo divino de la Vida...

Ya hay una ceja de luz por encima de las montañas, en las negruras del horizonte. ¿Ves? Es el Alba que se inicia, con cuánta pureza y gracia, delicadamente, como una tímida sonrisa virginal. La blancura, ahora, se agranda y se intensifica. Comenzan las nubes á arremolinarse y apelonarse en el comienzo vergonzoso de la fuga. Surge una primera llamarada de incendio detrás de las montañas y luego crece y se hace ancha explosión deslumbrante y vívida. ¿Oyes que la meléflua orquesta de las aves saluda amorosa la venida de la aurora sonrosada? ¿Qué dulzura hay en esos cantos y qué inefable bondad se desprende de todas las cosas que baña la nueva luz? Es un perfume más rico y deleitable, cien veces más, que el almoraduj ó que el estacte el que trae en el encaje de sus alas el aura que pasa... Así, así del mismo modo amanecerá en la noche de las tribulaciones espirituales.

Era la verdad que amanecía. ¡Y yo estaba solo!

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

1911.

HISTORIA DE UN SOBRETODO



En el invierno de 1887, en Valparaíso. Por la calle del Cabo hay gran animación. Mucha mujer bonita va por el asfalto de las aceras, cerca de los grandes almacenes, con las manos metidas en los espesos manguitos. Mucho dependiente del comercio, mucho corredor, va que vuela, enfundado en su sobretodo. Hace un frío que muerde hasta los huesos. Los cocheros pasan rápidos, con sus ponchos listados; y con el cigarro en la boca, al abrigo de sus gabanes de pieles, despaciosos, satisfechos, bien enguantados, los señorones, los banqueros de la calle Prat, rentistas obesos, propietarios jugadores de Bolsa. Yo voy tiritando bajo mi chaqueta de verano, sufriendo el encarnizamiento del aire helado que reconoce en mí á un hijo del trópico. Acabo de salir de la casa de mi amigo Poirier, contento, porque ayer tarde he cobrado mi sueldo de "El Herald", que me ha pagado Enrique Valdés Vergara, un hombrecito firme y terco... Poirier sonriente me ha dicho mirándome á través de sus espejuelos de oro: "Mi amigo, lo primero, comprarse un sobretodo!" Ya lo creo. Bien me impulsa á ello la mañana opaca que enturbia un sol perezoso, el vientecillo, el vientecillo que viene del mar, cuyo horizonte está borrado por una tupida bruma gris.

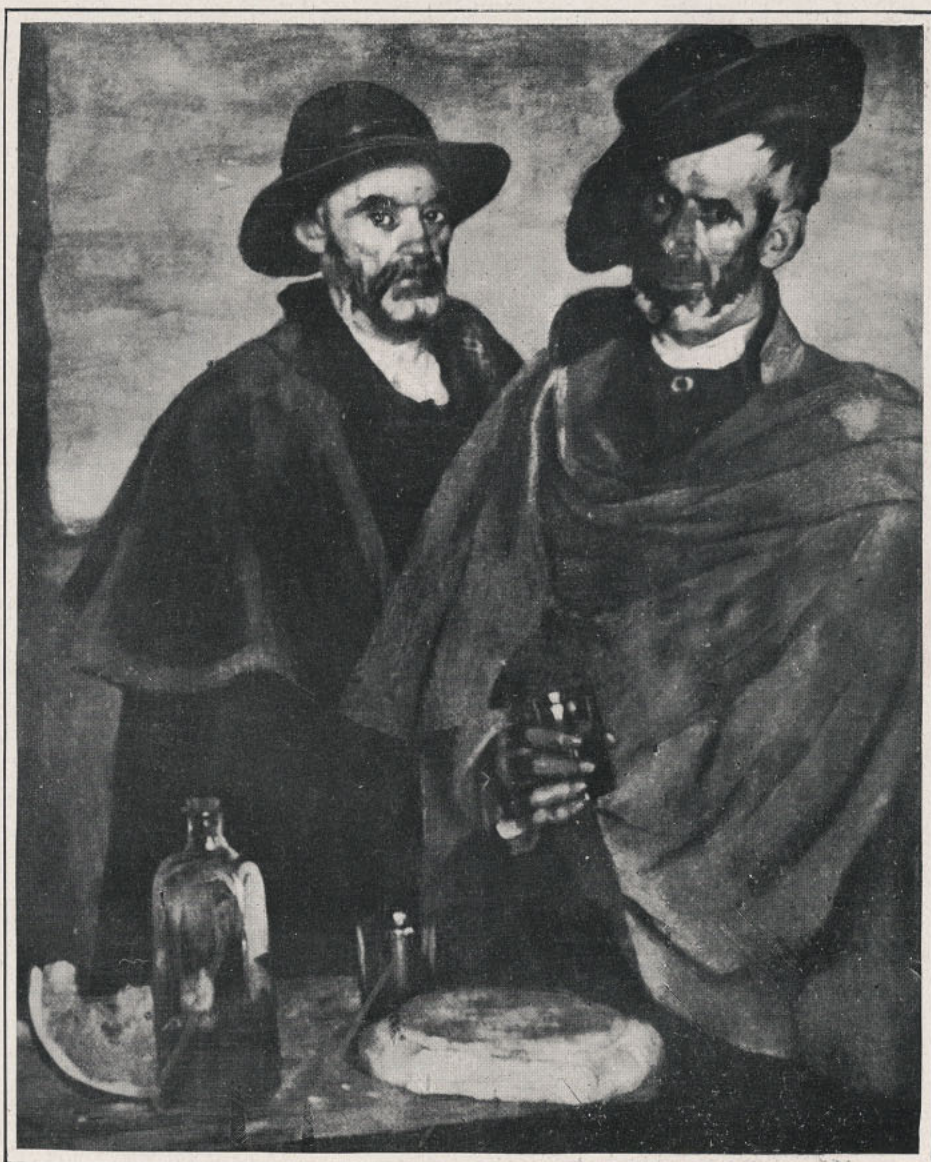
He allí un almacén de ropa hecha. ¿Qué me importa que no lleve mi sobretodo la marca de Pinaud? Yo no soy un Cousiño, ni un Edwards. Rico almacén. Por todas partes maniqués; unos vestidos como cómicos recién llegados, con ropas á grandes cuadros vistosos, levitas rabiosas, pantalones desesperantes; otros con macferlanes, levitones, esclavinas. En las enormes estanterías trajes y más trajes, cada cual con su cartoncito numerado. Y cerca de los mostradores, los dependientes,—iguales en todo el mundo,—acursilados, peinaditos, recompuestos, cabezas de peluqueros y cuerpos de figurines, reciben á cada comprador con la sonrisa estudiada y la palabra melosa. Desde que entro hago mi elección y tengo la dicha de que la pieza deseada me siente tan bien como si hubiera sido cortada expresamente por la mejor tijera de Londres. Es un ulster, elegante, pasmoso, triunfal! Yo veo y examino con fruición incomparable su tela gruesa y fina y sus forros de lana á cuadros, al són de los ditirambos que el vendedor repite extendiendo los faldones, acariciando las mangas y procurando infundir en mí la convicción de que esa prenda no es inferior á la que usan el príncipe de Gales ó el duque de Morny... "Y sobre todo, caballero, le cuesta á usted muy barato!"—"Es mía", contesto con dignidad y placer. "¿Cuánto vale?" "Ochenta y cinco pesos". Jesucristo, cerca de la mitad de mi sueldo; pero es de-

masiado tentadora la obra, y demasiado locuaz el dependiente. Además, la perspectiva de estar dentro de pocos instantes el cronista caminando por la calle del Cabo, con su ulster, que humillará á más de un modesto burgués, que se atraerá la atención de más de una sonrosada porteña.

Pago, pido la vuelta, me pongo frente á un gran espejo el ulster que adquiere mayor valer en compañía de mi sombrero de pelo, y salgo á la calle más orgulloso que el príncipe de un feliz y hermoso cuento.



Ah, cuán larga sería la narración detallada de las aventuras de aquel sobretodo! El conoció desde el palacio de la Moneda hasta los arrabales de Santiago; el noctambuleo en las invernales noches santiaguesas, cuando las pulmonías estoquean al trasnochador descuidado; él cenó "ches Bruck" donde los pilares del café parecen gigantescas salchichas, y donde el mostrador se asemeja á una joya de plata; él conoció de cerca á un gallardo Borbón, á un criminal, y á una gran trágica; él oyó la voz y vió el rostro del infeliz y esforzado Balmaceda. Al compás de los alegres tamborileos que sobre mesas y cajas hacen las "cantoras", él gustó, á són de arpa



BEBEDORES SEGOVIANOS

CUADRO DE L. ZULOAGA

y guitarra, de las *cuecas* que animan al *róto*, cuando la chicha hierve y provoca en los “potrillos” cristalinos, que pasan de mano en mano. Y cuando el horrible y aterrador cólera morbo envenenaba el país chileno, él vió, en las noches solitarias y trágicas, las carretas de las ambulancias, que iban cargadas de cadáveres. Después, ¡cuántas veces, sobre las olas del Pacífico, contempló desde la cubierta de un vapor, las trémulas rosas de oro de las admirables constelaciones del Sur! Si el excelente ulster hubiese llevado un diario, se encontrarían en él sus impresiones sobre los pintorescos chalets de Viña del Mar, sobre las lindas mujeres limeñas, sobre la rada del Callao... El estuvo en Nicaragua: pero de ese país no hubiera escrito nada, porque no quiso conocerle, y pasó allá el tiempo, nostálgico, viviendo de sus recuerdos encerrado en su baúl. En el Salvador sí salió á la calle y conoció á Menéndez y á Carlos Ezeta. Azorado, como el pájaro al ruido del escopetazo, huyó á Guatemala cuando la explosión del 22 de Junio. Allá volvió á hacer vida de noctámbulo; escuchó á Elisa Zangheri la artista del drama, y á su amiga Lina Cerne, que canta como un risueño.

Y un día, ay, su dueño ingrato! lo regaló.



Sí, fuí muy cruel con quien me había acompañado tanto tiempo. Ved la historia. Me visitaba en la ciudad de Pedro de Alvarado un joven amigo de las letras, inteligente, burlón, brillante, insoportable, que adoraba á Antonio de Valbuena, que tenía buenas dotes artísticas, y que se atrajo todas mis antipatías por dos artículos que publicó, uno contra Gutiérrez Nájera y otro contra Francisco Gavidia. El muchacho se llamaba Enrique Gómez Carrillo y tenía costumbre de llegar á mi hotel á alborotarme la bilis con sus juicios atrevidos y romos, y sus risitas molestas. Pero yo le quería, y comprendía bien que en él había tela para un buen escritor. Un día llegó y me dijo: “Me voy á París” “Me alegro. Usted hará más que las recuas de estúpidos que suelen enviar nuestros gobiernos”. Prosiguió el charloteo. Cuando

nos despedimos, Enrique iba ya pavoneándose con el ulster de la calle del Cabo.

¡Como el tiempo ha cambiado! Valdés Vergara, el hombrecito “firme y terco”, mi director de “El Heraldo”, murió en la última revolución, como un héroe. El era secretario de la Junta del Congreso, y pereció en el hundimiento del “Cochrane”, Poirier, mi inolvidable Poirier, estaba en Méjico de Ministro de Balmaceda, cuando el dictador se suicidó... Valparaíso ha visto el triunfo de los revolucionarios; y quizá el dueño de la tienda de ropa hecha, en donde compré mi sobretodo, que era un excelente francés, está hoy reclamando daños y perjuicios. ¿Y el ulster? Allá voy. Conocéis el nombre del gran poeta Verlaine, el de los “Poemas Saturnianos”? Zola, Anatole France, Julio Lemaitre, son apasionados suyos. Toda la juventud literaria de Francia, ama y respeta al viejo artista. Los decadentes y simbolistas le consultan como un maestro. France, en su lengua especial le llama “un salvaje soberbio y magnífico”. Mauricio Barrés, Moreas, visitan en “sus hospitales”, al “pobre Lelian”. El pobre Gómez Carrillo, el andariego, el muchacho aquel que me daba á todos los diablos, con el tiempo que ha pasado en París ha cambiado del todo. Su criterio estético es ya otro; sus artículos tienen una factura brillante aunque descuidada, alocada; su prosa gusta y da á conocer un buen temperamento artístico. En la gran capital, á donde fué pensionado por el gobierno de su país, procuró conocer de cerca á los literatos jóvenes, y lo consiguió, y se hizo amigo de casi todos, y muchos de ellos le asistieron en días de enfermedad, al endiablado centro-americano, que á lo más contará 21 años. Pues bien, en una de sus cartas, me escribe Gómez Carrillo esta posdata: “¿Sabe usted á quién le sirve hoy su sobretodo? A Paul Verlaine, al poeta... Yo se lo regalé á Alejandro Sawa,—el prologuista de López Bago, que vive en París,—y él se lo dió á Paul Verlaine. ¡Dichoso sobretodo!”

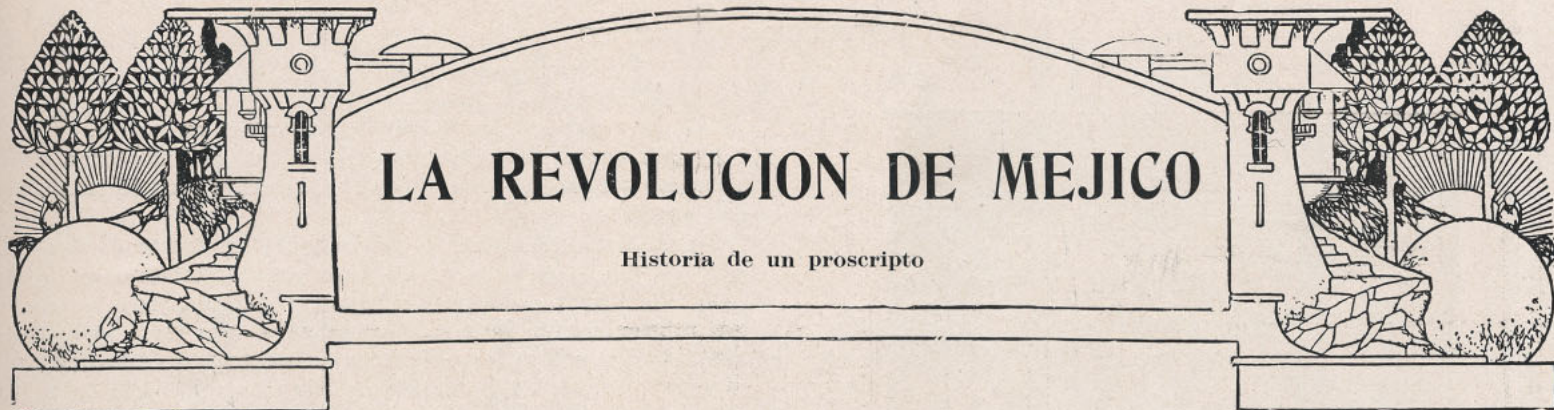
Sí, muy dichoso; pues del poder de un pobre escritor americano, ha ascendido al de un glorioso excéntrico, que aunque cambie de hospital todos los días, es uno de los más grandes poetas de la Francia.

RUBEN DARIO



EL LOBO DE GUBBIO

CUADRO DE OLLIVIER NERSON



LA REVOLUCION DE MEJICO

Historia de un proscripto



A importante revista americana "The Pacific Monthly" trae en uno de sus últimos números un artículo del señor L. Gutierrez de Lara á propósito de la revolución contra Porfirio Díaz,

que ahora resulta de la más palpitante actualidad.

Encabeza la relación un breve prólogo de Mr. J. Kenneth Turner donde se hace ver la tiranía con que el Presidente domina á Méjico y lo difícil que sería un triunfo de la revolución. En efecto, el Gobierno cuenta con un ejército regular de cincuenta mil hombres, perfectamente armados y equipados, sin contar una numerosa y bien organizada policía; mientras los revolucionarios logran apenas reunir unas cuantas montoneras, escasas de municiones y sin disciplina alguna, atemorizadas constantemente por el activo espionaje administrativo.

Gutierrez de Lara presenta su historia como típica de los miles de casos que suceden diariamente y es en este sentido que ella tiene grande interés. Se precia de llevar en sus venas sangre azteca, de la misma que alentó en Cuatimozín y los valientes guerreros que combatieron á Cortés. Sin embargo, da á entender que pertenece á una importante familia, de origen noble, en la que ha habido almirantes y gobernadores y cuya influencia le ha valido más de una vez en sus aventuras revolucionarias.

A los diez y ocho años, muerto su padre, fuese con su madre á la capital para estudiar leyes en el Colegio Nacional de Jurisprudencia. Poco después, en 1892, se mezcló en un meeting contra la cuarta elección de Díaz y fué arrestado junto con numerosos compañeros, pero logró fugarse de la prisión.

Desde entonces fué atentamente vigilado por los espías del Gobierno.

Poco más tarde, á causa de un artículo en que satirizaba á la aristocracia, fué expulsado del colegio, pues en Méjico les está prohibido á los estu-

diantes de colegios del Estado emitir opiniones contra la clase dirigente. Empleóse después en la Corte Militar de la capital y fué

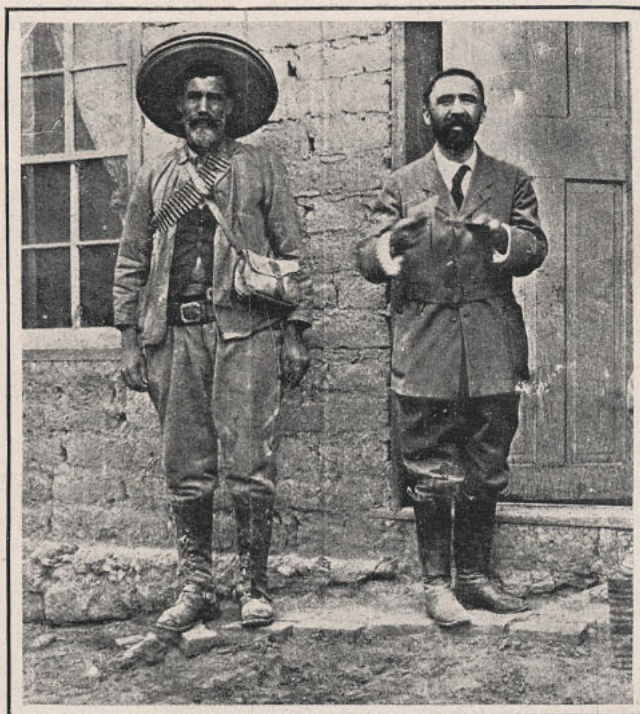
en seguida estudiante del colegio diplomático en el departamento de Relaciones Exteriores y juez de Parraí, en la provincia de Sonora.

La verdadera persecución desencadenada más tarde contra él, no empezó sino después de los bullados asuntos de las minas de Cananea, en el fondo de los cuales se agitaba en realidad una prosaica lucha de industriales y no un ideal político ó económico. Gutierrez dirigió un meeting de obreros; los hechos fueron falseados por la Green Cananea Cooper Co., señores de la región, y él preso y condenado á muerte por el gobernador Izabal junto con treinta y cuatro cabecillas amigos. Gracias á la amistad del telegrafista, que con gran peligro de su propia vida, le reveló la sentencia, pudo conseguir que un hermano suyo hablara con el Presidente. Este pidió informes á Izabal, el cual creyó que se le ordenaba poner en libertad al prisionero y cuando vino á convenirse de su error, ya Gutierrez de Lara se hallaba camino de Estados Unidos, en busca de libertad.

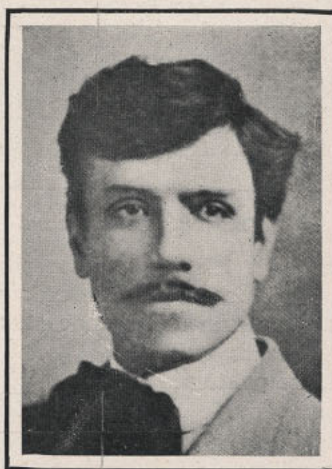
La iba á buscar á la que es llamada tierra clásica de los pueblos libres; así que su asombro fué grande al encontrarse tan oprimido como en su patria.

La íntima amistad de Taft y Díaz ha tenido consecuencias bien dolorosas para los emigrados políticos mejicanos. Se les prohíbe emitir sus opiniones por la prensa; se les tienden toda clase de lazos y, por todas partes, los cercan de dificultades.

Huyendo de la hostilidad que en las autoridades encontraba, Gutierrez de Lara fué á parar al Estado de California. En la ciudad de Los Angeles vivió un año relativamente tranquilo. De cuán relativa sería esta tranquilidad podremos juzgar considerando que Gutierrez no conocía el idioma, con lo cual se le cerraban todos los caminos, y que para ganarse el pan hubo de trabajar al día en las calles. Sin embargo, no se desalentaba y al mismo tiempo que hacía de jornalero, escribía artículos para los periódicos de su país y le daba



Los jefes de la revolución de Méjico Francisco J. Madero y Máximo Castillo, capitán de la Guardia Presidencial.



L. Gutiérrez de Lara



Pasado el crepúsculo



Puesta de sol en Cuernavaca



Lavando la ropa á orillas del estero

los últimos toques á una novela titulada con el sugestivo nombre de "Los bribones".

Por fin, vendieron sus amigos una propiedad que él poseía en Méjico y entonces pudo gozar de cierta holgura.

Protesta de que lo tomen por liberal y dice que aunque con grandes simpatías por los hombres de este partido, nunca ha querido afiliarse á él. Según sus noticias, el Partido Liberal es el gran partido mejicano, el partido de la nación, que fué fundado en 1900, para conseguir el restablecimiento de las instituciones republicanas, abolida por Díaz.

Sin embargo, aparece como insignificante, porque no se le dejan ni diarios, ni clubs ni escuelas y se persigue con encarnizamiento á cualquiera que sobresalga por su patriotismo.

Naturalmente que todas estas noticias debemos tomarlas con beneficio de inventario, teniendo en cuenta que han sido escritas con la amargura de la derrota y bajo la opresión de la fuerza. Pero, no obstante, se desprende de sus páginas, á menudo desordenadas é incoherentes, una queja triste de hombre sincero, que fuerza el ánimo á inclinarse en su favor.

Como digimos, el Gobierno de la Unión secunda activamente á Díaz contra los revolucionarios. Entre los muchos métodos que Díaz usaba para suplir la falta de extradición por causas políticas en Estados Unidos, figuraban tres principales. Primero:

—Por asesinato y robo.

Hombres eminentes, de la talla de Florés Magón, presidente del Partido Liberal, eran tratados como criminales; ladrones y asesinos, y conducidos á las cárceles mejicanas.

—Por contravenir á las leyes de inmigración.

Disponen éstas la repatriación de todo inmigrante convicto de anarquismo ú otro crimen cualquiera; y como el agente de inmigración puede obrar por sí y ante sí, sin dar cuenta á nadie, frecuentemente se vieron casos irritantes. Por ejemplo, no puede intentarse nada contra el inmigrante que cuenta con más de tres años de residencia en el país y, no obstante, á un señor Puente, radicado desde trece años y que había fundado un diario, se le hizo salir con la fuerza pública y fué conducido preso á Méjico.

—Por último, y éste es el postrer recurso, existen los "kid-nappers" ó secuestradores. Son éstos un cuerpo de policía, perfectamente organizado, cuyo único fin es el de hacer desaparecer á los enemigos del Gobierno.

Muchos de ellos fueron llevados ante la justicia y aunque no pudo probárseles otro delito que el ser liberales, hubieron de sufrir largos años de cárcel.

En una ocasión quiso Gutierrez volverse á su patria.

El país estaba en tranquilidad; las últimas intentonas revolucionarias habían sido sofocadas completamente y no se veía motivo de peligro.

Sin embargo, al cruzar la frontera vió un fuerte destacamento apostado á lo largo de la línea y en la próxima estación fué avisado de que lo iban á prender. En la angustia de la fuga, introdujose violentamente á un departamento privado; pero tuvo la suerte de que le tocara una mujer compasiva, una cantatriz de la Opera, que lo ocultó en una de las inmensas cajas de sombreros de su propiedad; y gracias á este ardid escapó de sus perseguidores.

Volvióse á California y allí tuvo ocasión de prestar un servicio á la causa revolucionaria.

Varios ilustres patriotas mejicanos habían huído allí para fundar un diario con el nombre de "Revolución"; pero, súbitamente, fueron secuestrados y desaparecieron sin que se supiera más de ellos. Entonces Gutierrez de Lara tomó valientemente á su cargo la dirección del periódico y, como los otros, también fué preso y deportado á Méjico.

La extradición se operó sin las formas legales debidas y le fué notificada por Mr. Marshall, diputado al Congreso americano.

Con posterioridad, se le dijo que estaba acusado de varios robos, entre ellos uno de leña al vecino de una viuda cuyos bienes administraba; pero ni siquiera le hicieron prestar declaración ante la justicia.

Al principiar, dice Mr. John Kenneth Turner que la revolución iniciada en Junio último, porque el Gobierno hizo una farsa de las elecciones, ha de triunfar á pesar de todos los obstáculos, pues cuenta con el apoyo de la opinión pública en la inmensa mayoría de la población.

Los hechos han justificado sus palabras.

Pero los hechos han demostrado también algo más: la dimisión del Presidente Díaz, firmada cuando aún podía resistir, pone en claro que "el más ilustre de los mejicanos" era un hombre patriota que buscaba ante todo el engrandecimiento de su patria. ¿Qué para conseguirlo hubo de atropellar muchos derechos y pasar por sobre las leyes? Laven estas manchas el espectáculo de la nación próspera, organi-

zada, respetada en el exterior... y del viejo octogenario, enfermo, consumido por sus trabajos durante treinta y cinco años, marchando silenciosamente hacia el destierro.

H. D. A.



Una avenida mejicana



Jardín de la posada de San Angel

TRASLADO A JUDAS

(CUENTO DISPARATADO DE LA TÍA CATITA)



QUE no hay causa tan mala que no deje resquicio para defensa, es lo que querían probar las viejas con la frase: "Traslado á Judas". Ahora oigan ustedes el cuentecito: fíjense en lo substancioso de él y no paren mientes en pormenores; que en punto á anacronismos, es la narradora anacronismo con faldas. Mucho orden en las filas, que la tía Catita tiene la palabra.

Atención y mano al botón. Ande la rueda y coz con ella.

Han de saber ustedes, angelitos de Dios, que uno de los doce apóstoles era colorado como el ají y rubio como la canela. Mellado de un diente, bizco de mirada, narigudo como ave de rapiña y alicaído de orejas, era su merced feo hasta para feo.

En la parroquia donde lo cristianaron púsole el cura Judas por nombre, correspondiéndole el apellido de Iscariote, que si no estoy mal informado, hijo debió ser de algún bachiche pulpero.

Travieso salió el nene, y á los ocho años era el primer mataperros de su barrio. A esa edad ya tenía hecha su reputación como ladrón de gallinas.

Aburrido con él su padre, que no era mal hombre, le echó una repasata y lo metió por castigo en un barco de guerra, como quien dice: "anda, mula, piérdete..." El capitán del barco era un gringo borrachín, que le tomó cariño al pilluelo y lo hizo su pajecito de cámara.

Llegaron al cabo de años á un puerto; y una noche en que el capitán, después de beberse setenta y siete *grogs* se quedó dormido debajo de la mesa, su engreído Juditas lo desvalijó de treinta onzas de oro que tenía al cinto, y se desertó embarcado en el *Chinchorro*, que es un botecito como una cáscara de nuez, y... ¡la del humo! Cuando pisó la playa se dijo: pies ¿para qué os quiero?" y anda, anda, anda, no paró hasta Europa.

Anduvo Judas la Ceca y la Meca y la Tortoleca, visitando cortes y haciendo pedir pita á las treinta onzas del gringo. En París de Francia casi le echa el guante la policía, porque el capitán había hecho parte telegráfico pidiendo una cosa que dicen que se llama extradición, y que debe ser alguna trampa para cazar pajaritos. Judas olió á tiempo el ajo, tomó pasaje de segunda en el ferrocarril, y ¡abur! hasta Galilea. Pero ¿á dónde irá el buey que no are? ó lo que es lo mismo, el que es ruin en su villa, ruin será en Sevilla.

Allí, haciéndose el santito y el que no ha roto un plato, se presentó al Señor, y muy compungido le rogó que lo admitiese entre sus discípulos. Bien sabía el pícaro que á buena sombra se arriaba para verse libre de persecuciones de la policía y requisitorias del juez; que los apóstoles eran como los diputados en lo de gozar de inmunidad.

Poco á poco fué el hipocritonazo ganándole la voluntad al Señor, y tanto que lo nombró limosnero del apostolado. A peores manos no podía ir á parar el caudal de los pobres.

Era por entonces no sé si prefecto, intendente ó gobernador de Jerusalén un caballero medio bobo, llamado don Poncio Pilatos el catalán, sujeto á quien manejaba como un zarandillo un tal Anás y un tal Caifás, que eran dos bribones que se perdían de vista. Estos, envidiosos de las virtudes y popularidad del Señor, á quien no eran dignos de descalzar la sandalia, iban y venían con chismes y más chismes donde Pilatos; y le contaban esto y lo otro y lo de más allá, y que el Nazareno había dado proclama revolucionaria incitando al pueblo para echar abajo al Gobierno. Pero Pilatos, que para hacer una alcaldada tenía escrúpulos de marigargajo, les contestó: "Compadritos, la ley me ata las manos para tocar ni un pelo de la túnica del ciudadano Jesús. Mucha andrómína es el latinajo aquel del *habeas corpus*. Consigan ustedes del Sanedrín (que así llamaban los judíos al Congreso) que declare la patria en peligro y eche al huesero las garantías individuales, y entonces dense una vueltecita por acá y hablaremos".

Anás y Caifás, no dejaron eje por mover, y, armados ya de las *extraordinarias*, le *hurgaron con ellas la nariz* al gobernante, quien estornudó *ipso facto* un mandamiento de prisión. Librenos Dios de estornudos tales *per omnia secula seculorum*. Amén, que con amén se sube al Edén.

A fin de que los corchetes no diesen golpe en vago, resolvieron aquellos dos canallas ponerse al habla con Judas, en quien por la pinta adivinaron que debía ser otro que tal. Al principio, se manifestó el rubio ofendido y les dijo: "¿Por quién me han tomado ustedes, caballeros?...". Pero cuando vió relucir treinta monedas, que le trajeron á la memoria reminiscencias de las treinta

onzas del gringo, y á las que había dado finiquito, se dejó de melindres y exclamó: "Esto es ya otra cosa, señores míos. Trándome con buenos modos, yo soy hombre que atiende á razones. Soy de ustedes, y manos á la obra".

La verdad es que Judas, como limosnero, había metido, cinco y sacado seis, y estaba con el alma en un hilo temblando de que al hacer el ajuste de cuentas, quedase en transparencia el gatuperio.

El pérfido Judas no tuvo, pues, empacho para vender y sacrificar á su Divino Maestro.

Al día siguiente y muy con el alba, Judas, que era extranjero en Jerusalén y desconocido para el vecindario, se fué á la plaza del mercado y se anduvo de grupo en grupo ganoso de averiguar cómo el pueblo comentaba los sucesos de la víspera.

—Ese Judas es un pícaro que no tiene coteja—gritaba uno que en sus mocedades fué escribano de hipotecas.

—Dicen que desde chico era ya una peine—añadía un tarambana.

—Se conoce. ¡Y luego, cometer tal felonía por tan poco dinero! ¡Puf, qué asco!—argüía un jugador de gallos con coracita.

—Hasta en eso ha sido ruin—comentaba una moza de trajecito á media pierna.—Balandrán de desdichado, nunca saldrá de empeñado.

—¡Si lo conociera yo, de la paliza que le arrimaba en los lomos lo dejaba para el hospital de tísicos!—decía con aire de matón un jefe de club que en todo bochinche se colocaba en sitio donde no llegasen piedras. Pero por las *aleluyas* lo veremos hasta queñado.

Y de corrillo en corrillo iba Judas oyéndose poner como trapo sucio. Al cabo se le subió la pimienta á la nariz de pico de loro, y, parándose sobre la mesa de un carnicero, gritó:

—¡Pido la palabra!

—La tiene el extranjero—contestó uno que por la prosa que gastaba sería lo menos vocal de junta consultiva.

Y el pueblo se volvió todo oídos para escuchar la arenga.

—¿Vuestas mercedes conocen á Judas?

—¡Nó! ¡Nó! ¡Nó!

—¿Han oído sus descargos?

—¡Nó! ¡Nó! ¡Nó!

—Y entonces pedazos de cangrejo, ¿cómo fallan sin oírlo? ¿No saben vuestas mercedes que las apariencias suelen ser engañosas?

—¡Por Abraham, que tiene razón el extranjero!—exclamó uno que dicen que era regidor del municipio.

—¡Que se corra traslado á Judas!

—Pues yo soy Judas.

Estupefacción general. Pasado un momento, gritaron diez mil bocas:

—¡Traslado á Judas! ¡Traslado á Judas! ¡Sí, sí! ¡Que se defienda! ¡Que se defienda!

Restablecida la calma, tosió Judas para limpiarse los arrabales de la garganta, y dijo:

—Contesto al traslado. Sepan vuestas mercedes que en mi conducta nada hay de vituperable, pues todo no es más que una burla que les he hecho á esos mastuerzos de Anás y Caifás. Ellos están muy sí señor y muy en ello de que no se les escapa Jesús de Nazareth. ¡Toma tripita! ¡Flojo chasco se llevan, por mi abuela! A todos consta que tantos y tan portentosos milagros ha realizado el Maestro, que naturalmente debéis confiar en que hoy mismo practicará uno tan sencillo y de pipiripao como el salir libre y sano del poder de sus enemigos, destruyendo así sus malos propósitos y dejándolos con un palmo de narices, gracias á mí que lo he puesto en condición de ostentar su poder celeste. Entonces sí que Anás y Caifás se tirarán de los pelos al ver la sutileza con que les he birlado sus monedas en castigo de su inquina y mala voluntad para con el Salvador. ¿Qué me decís ahora, almas de cántaro?

—Hombre, que no eres tan pícaro como te juzgábamos, sin dejar por eso de ser un grandísimo bellaco—contestó un hombre de muchas canas y de regular meollo que era redactor en jefe de uno de los periódicos más populares de Jerusalén.

Y la turba, después de oír la opinión del Júpiter de la prensa, prorrumpió en un: "¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva Judas!"

Y se disolvieron los grupos, sin que la gendarmería hubiese tenido para qué tomar cartas en esa manifestación plebiscitaria, y cada prójimo entró en casita diciéndole para sus adentros:

—En verdad, en verdad, que no se debe juzgar de ligero. Traslado á Judas.

RICARDO PALMA

PAPILLON

A la Sra. Luz Lyon de Pereira

Celerino Pereira.

Allegretto.

sf sf ten f con brio sf ritard. ten.

8^a ten.

8^a m.d. m.d. m.g. m.g.

p

meno.

m.d. m.d. m.g. ten. cresc.

tempo.

sf sf sf sf

ten f con brio.

8^a ten.

sf ritard. ten. p

8^a

cresc e accelerando molto.

rapido.
f

tempo.

f *p*

1^a *2^a*

Fine.

Andante: molto espressivo.

m.g.

p

dolce

cresc. e *accel. poco.*

a piacere.

rall

The musical score is written for piano and features a variety of musical notations and dynamics. It begins with a treble clef and a key signature of one flat. The first system includes a dashed line with '8^a' above it. The tempo markings 'cresc e accelerando molto.' and 'rapido.' are present, along with a forte 'f' dynamic. The second system shows a 'tempo.' marking and a 'Fine.' ending. The third system is marked 'Andante: molto espressivo.' and includes a 'm.g.' (mezzo-giochiato) marking. The fourth system features a 'dolce' marking. The fifth system includes 'cresc. e' and 'accel. poco.' markings. The sixth system has 'a piacere.' and 'rall' markings. The score is written in a style typical of early 20th-century piano music, with a focus on expressive dynamics and tempo changes.



EN LA LUZ MERIDIANA

CUADRO DE G. BELLONI

LA MUJER PERSA



O hay ningún país civilizado más desconocido y al mismo tiempo más solemnemente extraño y cerrado al extranjero que la Persia.

Este pueblo parece nacer ahora á la vida política. Una constitución monárquica está definitivamente otorgada por el Shah. Esta innovación tendrá sobre la vida misma de la Persia una influencia considerable? Nadie lo sabe. Dirijamos una mirada

sobre esa región de arenas, de rocas, de puestas de sol apocalípticas, que las deliciosas evocaciones de Pierre Loti y de la princesa Bibesco, iluminan con una luz de ensueño.

"Hacia Ispahan", por largas etapas, nos lleva al pie de las murallas gigantescas detrás de las cuales se asienta el Irán. Y cuando, después de interminable viaje, de descansar en los paraderos públicos que tiene el oriente para las caravanas, sucios y sin techo, los desiertos sin horizontes, los desfiladeros amenazantes, la vista implacable de las rocas deplomadas sobre otras rocas, cuando al fin se cree encontrar la llanura habitada, se ven calles desiertas, casas y templos cerrados para el extranjero, excepto alguna sala especial de recepciones.

¿Qué tristes serán esas calles estrechas en que ninguna forma humana se divisa... Se diría que el viento al pasar destruye toda manifestación de vida, á fin de aislar del mundo de los creyentes al audaz infiel que se ha deslizado en sus muros... Pero, el infiel puede hablar con algún pachá que le ofrece, entre exquisitas fórmulas de política, el té nacional perfumado, en copas de cristal minúsculas, en forma de tulipa.

Mujeres no verá; ignorará hasta su existencia.

¿Serán de una hermosura tan grande, como el velo—lo desconocido—lo hace suponer?... ¿Serán siempre jóvenes, dulces y sumisas, como la imaginación se complace en representarlas, poetizadas por lo inaccesible?... ¿Quién sabe! La Persia es la cuna de la discreción, el guardián incorruptible de los secretos. Por eso los historiadores extranjeros sólo hablan de incompreensión y de misterio.

Al lado de las persas, las mujeres turcas han perdido casi las tradiciones islámicas.

Pierre Loti, en *Aziyadé* y en *Désenchantées*, nos hace conocer ciertas falsas mahometanas que marchan siguiendo las huellas europeas tristemente emancipadas. Otras notables por su fuerza de carácter y valor moral, permanecen como la excepción y el anuncio de una generación futura. A la mujer turca le falta aún la educación moral necesaria para abordar valientemente los problemas superiores. Lo que adoptan de la vieja Europa civilizada, son los trajes y convenciones sociales, las lecturas de novelas escritas á veces por plumas neurasténicas, que les produce

ese "desequilibrio" cerebral, desconocido antes en la normal y pacífica vida musulmana.

En Persia, parece que ninguna, hasta hoy, ha dado pruebas de olvido del respeto de sus leyes, ni de detestables coqueterías. El misterio que las rodea las hace más interesantes, avivando el deseo de penetrar un poco en su vida. Nunca se las ve en las calles, atravesando los barrios en carruaje descubierto, como en Constantinopla. Jamás se divisan esos fantasmas velados que se encuentran en el Bósforo ó en las Aguas Dulces...

La mujer persa, no es esclava á medias; los destinos femeninos son precisos é ineludibles; es preciso nacer, vivir y morir en el misterio.

Sin embargo, ¿cómo explicar el extraño estado de espíritu de aquellas que recientemente tomaron parte activa y razonable en las primeras revoluciones que agitaron el país de Irán? Desde el fondo de sus harems, las huríes persas han leído, estudiado, reflexionado y cuando se trató de dar al país leyes constitucionales, enviaron también sus fuerzas, desde lejos, para adquirir más justicia y libertad. El éxito fué de poca duración; pero no habiendo cometido ningún exceso, fueron exceptuadas de todo castigo.

Y esas mujeres encerradas, aisladas del resto de los vivientes, también cultivan las artes, las letras y las ciencias. Se dedican á la confección de esos bordados de oro, plata y seda que ninguna industria europea á podido reemplazar, ni igualar.

Refiere un viajero italiano, que la música oriental es incomprendible para la mayor parte de los occidentales, pues nada hay más intensamente sutil y complejo, en la expresión de todos los sentimientos. Quizás las melodías musulmanas cantarán apenas las tristezas dulces ó terribles de la vida, la monotonía adormecedora de las horas terrestres, las intensas melancolías del amor ó la muerte heroica de sus guerreros.

Y, en las noches de vaga claridad, á la luz de la luna ó las estrellas, sobre las terrazas de sus altas murallas, aparecerán las pálidas huríes. Es la hora del ensueño, la hora única en sus vidas. Entonces, un oyente invisible podrá oír vibraciones de cuerdas y romper el silencio el eco dulce de voces de mujer...

La sombra sola las atrae al aire libre, en esas terrazas de las ciudades orientales, donde no se está sobre la tierra, pero tampoco en el cielo, sino con una apariencia de encontrarse sobre las cosas, los hombres y sus penas. Flambert nos dice que Salambó, en su patria oriental y pagana, pedía á la luna consejos de vida y de amor... Sus poetas han cantado á Azrael, el ángel de la muerte y á Antar, el héroe del desierto que dió á una hada su corazón—y la muerte—en un beso!...

Y, en la larga serie de siglos que pasan, uniformes en el país de Islam, las nuevas hermanas de esos poetas desaparecidos, entonan aún esas antiguas canciones siempre amadas, en el esplendor de sus noches claras y en el recogimiento de la soledad.



Como se obtiene un hermoso Pecho

Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las **PILULES ORIENTALES**. En algunas semanas su busto se desarrolla á y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza. He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

"Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las **PILULES ORIENTALES** para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

"Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las **PILULES ORIENTALES** y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las **PILULES ORIENTALES** son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, el secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á París 6 fr. 35.—De venta: J. Rotié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cia. En Valparaíso: Daube y Cia. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".

SEDLITZ

Charles CHANTEAUD

de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: **J. SIMON - PARIS.**

Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO



"FAMILIA"



REVISTA MENSUAL
Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buen dueña de casa



Unica en su género en Sud-América - Se publica el tercer domingo de cada mes - Material ameno é instructivo - Precio: UN PESO - Suscripción Anual Diez Pesos. Editores Empresa Zig-Zag

REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFERVESCENTE

LE PERDRIEL

*Superior á todos
los demas disol-
ventes del Acido
úrico :: :: ::*

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
FARMACIAS Y DROGUERIAS



De venta en las principales Farmacias y Perfumerías

BENEDICTINE



El gran licor francés





SUMARIO

TEXTO

Págs.

Hechos y notas, Luis Orrego Luco.	123
Las obras maestras de la pintura.	130
Leonardo da Vinci.	131
Teodoro Llorente, F. R.	132
Fragmento de Las Noches de A. de Musset.	133
Merimée y "L'Inconnue", E. Diez de Medina.	134
Mercedes Pérez de Vargas.	136
La cristalería en el Museo Galliera, F. R.	137
Don Carlos Silva Vildósola.	140
Conversando sobre arte, Richon Brunet.	141
Lucien Guitry, J. C.	143
Las muñecas de la señorita Kaulitz, M. P. Verneuil.	147
La muerta, Guy de Maupassant.	150
Pot-pourri de Reminiscencias.	152
Puvis de Chavannes.	153
El Maestro del Fuego, Leonardo Pena.	155
Yáñez Silva, A. Donoso.	157

GRABADOS

Inspiración, escultura.	127
Mona Lisa, Leonardo da Vinci.	130
El Juicio Final, Miguel Angel.	131
Santa Catalina conducida al sepulcro de los Angeles, Leonardo da Vinci.	131
El traje de boda, Fed. W. Elwell.	135
A la orilla del Estanque, L. E. Adan.	139
El espejo, H. Mann.	141
De vuelta del paseo, H. Jacquier.	141
Bañista, Cecil Rea.	142
Panorama de Cajamarca, Mazzetti.	142
El sombrero azul, C. Chowner.	142
El emigrante (tricomía), Leempoels.	143
Mariscando, Richardson Stuart.	144
Octubre, J. Pearson.	144
Antiguo pintor florentino, E. Mazzi.	144
Tarde, W. Steclink.	144
El horno, J. F. Millet.	149
Efecto de luz, fotografía artística.	151
Dulce país, Puvis de Chavannes.	153
La Paz, Museo de Picardía.	154
Inspiración cristiana, Palacio de las Artes (Lyon).	154
El invierno, Hotel de Ville (París).	154
La hora de la sopa, S. Tesley.	155

INSERCIÓN

El banquete a los Embajadores, E. Rochegrosse
(Tricomía)

CONCURSO DE BELLEZA

DE

“SELECTA”

SANTIAGO

Tula Montes Montes
Sara Besa Montt
María Cordero Vivanco
Elena Sanfuentes Joglar
Josefina Vial Freire
Keryma Prieto Nieto
Lily Rogers Caveró
Luz Izquierdo Tupper
Raquel Aránguiz Vicuña
Ana Echeverría Vigil

VALPARAISO

Emma Botilier B.
Raquel Castro Vargas
Esther Jullian Saint-Clair
Florencia Zegers Borgoño
Inés Vigil Olate
Luisa Gómez Lobo
Raquel Luco Christie
Aída Brockmann
Emma Sagre N.
Enriqueta Nieto

QUILLOTA

Rosa Grez S.
Ana Infante Infante
Luz Sarratea Arestizábal

TALCA

Inés Rodríguez Letelier
María Larraín
Graciela Fuenzalida F.
Mariana Sepúlveda

CONCEPCION

Marta Labeyrie
Inés Burmeister Gabler
Lucrecia Perry
Jilma Acuña
Domitila Urrutia M.
Marta Cruz Ocampo
María Mercedes Grune
Amelia Beutner
Lidia Mathieu del Río

CHILLAN

Elisa Solar Brown
Ester Martín Urrutia
Elena Peña López
Concepción de Larrachea
Beatriz Urrutia F.

VICTORIA

Emilia Muñoz G.
Berta Vilu Luco
Berta Sanhueza

IQUIQUE

Amy Mayne N.
Berta Márquez

SAN FELIPE

Teresa Urbina
Librada Quiroz

NUEVA IMPERIAL

Laura Concha

RANCAGUA

Margot Cerda

OSORNO

Amalia Vásquez

TALCAHUANO

Bristela de la Jara

ANTOFAGASTA

Sara Bustamante

LA SERENA

Gabriela González G.

LEBU

Emma Hanne

COPIAPO

Blanca Grove V.

MOLINA

Elina Silva S.

FLORIDA

J. Amelia Mourgues

PUERTO MONTT

Aurora Binimelis G.

CURICO

Berta Chereau

LOS VILOS

Margarita Pinto H.

TIERRA AMARILLA

Eulogia Varas Olgún

PELARCO

Raquel Castro S.

BULNES

Rudecinda Rivas

SAN ROSENDO

Rosa Contreras M.

SAN FRANCISCO DEL MOSTAZAL

Lidia Latorre

VALDIVIA

Rosario Guarda A.